

Cualquier cosa, menos quietos

# universo **centro**

Número 102 - Noviembre de 2018 - Distribución gratuita | [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



# Selva a Centro

Es una especie de cedazo obligatorio para cerca de la mitad de la población de la ciudad. Un peaje y una promesa. ¿Pasar o quedarse? Es el caldero de muchas calenturas y la caja de sorpresas. El mejor retrato de la ciudad a fragmentos que nos entregan las demás comunas. Es la 10. La que más alumbró el helicóptero, luz de la calle, oscuridad de la casa. No viven ni siquiera noventa mil personas en ese retazo que va desde San Diego hasta Prado de sur a norte y de Boston a la Minorista de oriente a occidente. Pregunte por lo que no vea.

Pero lo más grande que tiene el Centro es una sombra que se empeña en repetir el paisaje tétrico, el misterio criminal, la novela negra de todos los días. Cuando es la novela cotidiana de toda la ciudad. El Centro no es un ecosistema insólito e infecto sino uno excepcional que reúne a toda la aglomeración que llamamos Medellín. Las cifras de sus males se suelen comparar sin mucho seso con las de las demás comunas de la ciudad. El Centro necesita indicadores propios, señales que digan algo sobre un territorio compartido, competido esquina a esquina, más abierto y más incierto.

Hace unos días un artículo del periódico *El Colombiano* reseñaba algunas de las desgracias del trocen. Cifras ciertas, datos útiles, radiografía puntual. Pero tal vez valga la pena abrir un poco el plano para ver más. Un ejemplo, el artículo dice con un tono de alarma que todos los días se presentan dos riñas en el espacio de ese Medellín viejo. Parece que al autor se le olvida que tres párrafos arriba dijo que todos los días pasan por el centro 1 200 000 personas. Hay conjuntos residenciales donde hay más de dos riñas diarias. Y hay algunos bares con cifras peores, nos consta. Por eso tal vez unos datos sobre la violencia homicida en la Comuna 10, para mirar lo más cruento, pueden servir para poner temores y realidades en su punto. Para señalar problemas y alumbrar las penumbras repetidas.

Nos concentramos en los homicidios que se han cometido en el Centro durante el segundo semestre de este año. Asesinatos desde el 1 de julio hasta el 7 de noviembre. Primero vale la pena decir que las muertes violentas en el Centro tienen una particularidad que señala algunos motivos y victimarios. Cerca de un 70% de los homicidios en Medellín se cometen con arma de fuego. En el Centro la proporción es contraria. El año pasado el 45% de los homicidios en la comuna central fueron a cuchillo. La cifra demuestra que las riñas y los atracos callejeros dejan buena parte de las víctimas en el Centro. Según el Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (SISC), y su reporte diario, que por supuesto siempre necesita ajustes, el 25% de las muertes en el Centro en lo que va del segundo semestre fueron producto de un enzarce a filo.

Esas muertes que surgen de lo que parecen desencuentros y robos menores dejan más capturas de lo normal. En Medellín apenas algo más del 20% de los homicidios encuentran un culpable. En el corrido del año de los 35 homicidios cometidos en el Centro un 28% tienen capturados en flagrancia, muy seguramente condenados. Uno de ellos fue un hombre que mató a su compañera de motel en Moravia y luego se suicidó. De modo que más del 30% tienen un muy seguro victimario identificado una semana luego del crimen. Más muertes y más culpables.

El Centro tendría que ser un ejemplo de justicia en la ciudad, más inteligencia, más vigilancia en “puntos calientes”, mirar más calle y menos celular podría dejar un mensaje claro de menos impunidad en crímenes en el Centro: un lugar inseguro para los asesinos.

En el Centro dejan de pasar cosas que nadie imagina. Dos semanas sin un homicidio, por ejemplo. Como ocurrió entre el 21 de agosto y el 3 de septiembre. No funciona según la lógica del terror inminente la vida y la muerte en la gran “villa” de esta pequeña ciudad. Es imposible negar los poderes ilegales y sus cruces con la ley. Aquí se controla en compañía, muy parecido a lo que sucede en muchos de los barrios, solo que con un poco de más agite.

Es muy seguro que este año aumenten los homicidios en la Comuna 10. Hasta el 7 de noviembre se han contado 95 y el año pasado fueron 103. Señalando que el segundo semestre ha sido menos cruento en toda la ciudad. En todo el año el aumento de homicidios en el Centro es del 13% mientras en la ciudad es del 8.8%.

Para terminar este recuento macabro hay que señalar los barrios donde se concentran los homicidios. La Candelaria, Villa Nueva, Estación Villa y San Benito son los bravos de la comuna tesa. Trace una línea desde La Playa hasta el final del barrio Prado, señale esa franja, más o menos una cuarta parte del Centro, ahí suceden más del 60% de los homicidios. El año pasado un 25% de las víctimas tenían antecedentes penales. Para que piensen en un viejo Guayaquil algo más amplio.

El Centro de la ciudad no necesita esa “recuperación” de la que se habla cada vez que se le cambia el piso duro a sus parques y plazuelas. Lo urgente es la intervención permanente en zonas donde bordea y habita la indigencia. Medellín invierte en atención a los callejeros, hay programas que se han sostenido. Pero todo plan sobre el Centro tendría que pensar en un incremento y una idea nueva para una realidad que se bandeja más que se supera. Menos decreto, más sentido común, más conocimiento, más empatía, más gente de la calle trabajando con la gente de la calle. No recuperar sino retratar según sus justos caos y delicias. En realidad el Centro no necesita nuevos visitantes, solo que quienes vienen a diario tengan más opciones, mejores ideas de sus posibilidades y menos miedos de papel y pantalla. ©



El documental de Showtime, *Reportando el primer año de Trump: El Cuarto Estado*, ofrece una mirada única al interior del principal medio del mundo.

## Un cuarto poder



por JOAQUÍN BOTERO

Ilustración: Señor OK

El ascenso de Donald Trump a la presidencia y lo que va de su mandato es el acontecimiento mediático que ha mantenido turbada y ocupada a la opinión pública mundial durante los últimos tres años. Por la presunta injerencia de poderes extranjeros: Rusia, WikiLeaks. Por la influencia de las redes sociales insaciables de dinero que propagaron noticias falsas y teorías de la conspiración en detrimento de la candidatura de Hillary Clinton. Y por el auge del nacionalismo y del nativismo que culpa a los extranjeros de los problemas de las naciones desarrolladas.

El medio de comunicación más respetado del mundo, *The New York Times*, hasta el día de las elecciones erró en los pronósticos y dio a Clinton un 85-15 de porcentaje de triunfo sobre Trump.

“Durante la campaña no tuvimos el pulso del país, y ahora queremos enmendar ese error”, dice a la cámara Dean Baquet el editor ejecutivo del *Times* o del *NYT* en el extraordinario documental *Reporting Trump's First Year: The Fourth Estate*. Puede verse como la manera en que el periódico dice: pese a la paulatina muerte del impreso, pese a que perdemos en la competencia por la

publicidad con Facebook y Google, pese a la avalancha de noticias de las que resulta difícil diferenciar lo real de lo falso y lo bueno de lo malo, nosotros somos el medio más necesario del mundo en estos tiempos.

Cámaras y micrófonos siguen a editores y reporteros mientras lideran la narrativa de contarle al mundo el *reality show* que ocurre en la Casa Blanca con su *showman* a cargo. Lo cual produce un entretenido *reality* sobre estos hombres y mujeres en las sedes de Nueva York y Washington D.C., en mítines y en carreteras, mientras escriben sobre la enrevesada historia diaria. Hay consejos de redacción que conectan a las dos sedes. Los periodistas hablan a la cámara o a veces entre ellos o por teléfono con fuentes. Conducen, viajan en tren, en avión, escriben en cualquier parte, son activos en Twitter, son esclavos de su oficio y su meta es ser los primeros en dar una primicia o “*break the news*” y contarlo de la manera más completa. “Todas las noticias que vale la pena publicar”, es el lema que ha aparecido siempre en la parte superior izquierda del impreso.

Se conoce como “Cuarto Estado” o “Cuarto Poder” a los medios de comunicación. Después del nacimiento de la imprenta, la prensa era el cuarto poder después del

#### DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

#### EDITOR

– Pascual Gaviria

#### COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufrasio Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

#### DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

#### CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

#### ASISTENTE

– Sandra Barrientos

#### DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 102 - Noviembre 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

clero, la nobleza y los comunes. En la era moderna el concepto evolucionó a que los medios son el cuarto poder después del ejecutivo, el legislativo y el judicial.

El documental de cuatro capítulos producido por *Showtime* es pues un *show* discreto sobre cómo se cocinan las noticias en el mejor restaurante del mundo informativo. (El documental *Page One: Inside the New York Times* ofreció en 2011 una mirada similar).

En el primer episodio se ve al equipo de investigación de Washington dubitativo sobre si está lista para publicación una pieza sobre las conversaciones que el consejero de seguridad nacional, Michael Flynn, tuvo con el embajador ruso antes de la posesión. Una de las fuentes prefirió callar a último momento lo cual frena el artículo. Sobre el mismo tema el *Washington Post* los chivió, una derrota que dejó muy abatidos a los del NYT, con la cara de los futbolistas que han perdido el clásico frente a su archirrival.

Pero el siguiente partido fue ganado por el NYT cuando dio la primicia de que como jefe de campaña, Paul Manafort tuvo contactos con funcionarios rusos. De esa manera empezó la actual investigación sobre si la campaña de Trump conspiró con los rusos para derrotar a Clinton; aquel fue un momento de triunfo para el *Times* con una historia que todavía parece no tener fondo.

En la actualidad los periódicos no tienen el impacto de la televisión, pero raramente se ve que aquella vaya adelante en el cubrimiento de las llamadas “grandes historias”. Por el contrario, es la que sirve para repiquear. Es usual oír que alertan: “según el NYT”, o un poco menos “según el *Washington Post*” o “según el *Wall Street Journal*”.

Sonroja ver cómo los medios en español publican noticias agregadas, recicladas y comprimidas de lo que horas antes ha divulgado el NYT. Sonroja leer *El País* de Madrid, el que aspira ser el NYT del mundo iberoamericano, que publica con firma productos que sus corresponsales oyen en conferencias de prensa en Washington o de la fuente inagotable emanada de la televisión y la radio que a la vez se nutre de los medios escritos. Una amiga que trabaja en CNN en español en Washington me confirmó que por tradición, profundidad y discreción las fuentes prefieren hablar más a la prensa que a la televisión.

Uno de los personajes que más aparece en el documental es Dean Baquet, el primer editor ejecutivo negro del *Times*. Reemplazó en 2014 a Jill Abramson, la primera mujer que mantuvo la posición durante tres años hasta que fue despedida con la imagen de terca, condescendiente y difícil para el trabajo en equipo. Con tranquilidad Baquet camina por la sala de redacción y con amabilidad habla con reporteros y editores.

Baquet abarató los costos de funcionamiento tras reducir las oficinas para arrendar siete pisos. Habla sobre los cambios en la sala de redacción donde también recortaron la planta de editores y correctores: “Tenemos una estructura de contratación que fue creada por el impreso, pero ya no producimos de esa manera. Necesitamos reporteros que puedan tener otras destrezas, que sean activos en las redes sociales, que hablen en la televisión, la radio y en nuestro *podcast*. Lo que ahorremos lo gastaremos en reporteros que vayan a la calle a buscar historias”.

Hay ocasionales momentos de tensión entre colegas. Cuando el primer discurso de Trump desde

el Congreso, los editores de NY cambiaron el título y el primer párrafo de lo que habían escrito en D.C., lo cual enfada a Elisabeth Bumiller, la jefa del buró. Duelo de titanes antes de que la nota se publique con prisa en el internet.

Otro personaje fascinante es Maggie Haberman que antes trabajó en los tabloides sensacionalistas de NY donde Trump fue su fuente y su tema. La cercanía y el conocimiento del personaje se convierten en su principal activo para seguirlo durante la campaña y luego como presidente. “El error más grande que cometí fue decirle a mi hija que ella me recuperaría después de la campaña porque pensé que iba a ganar Clinton. Estoy muy cansada pero no sé cómo parar”. Su cara de satisfacción lo dice todo cuando tiene la primicia de que Reince Priebus es despedido como jefe de personal de la Casa Blanca y publica el reporte justo cuando Trump lo anuncia en Twitter. “*I am so fucking happy*”, dice mientras conduce. Segundos después se escucha el pito de otro auto y ella todavía exaltada grita “*Fuck you*”.

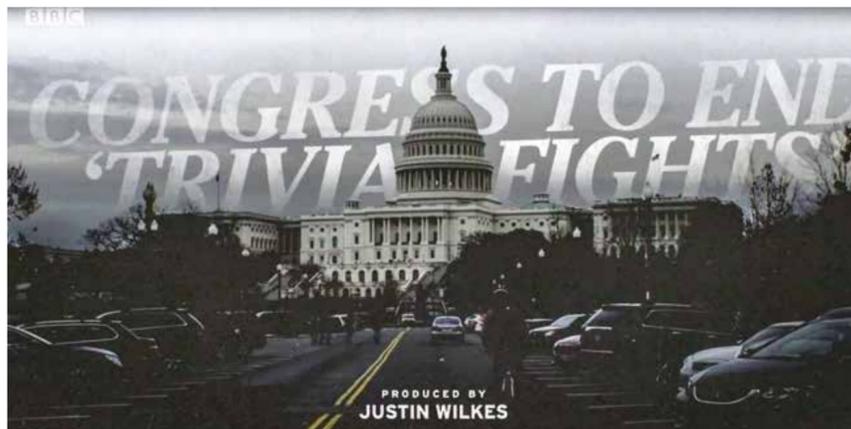
Los personajes que sigue el documental son gladiadores de la información, a veces torpes en otras lides. Un reportero de Washington despierta a sus hijos una mañana. Es divorciado, debe irse pronto a trabajar. Es amoroso y paciente pero aquello no se ve a la hora de preparar un desayuno ideal a los niños: les sirve donas con cubierta azucarada mientras ellos reniegan porque tienen que oír las noticias políticas en la radio.

Otro reportero habla a la cámara. “Soy soltero, mi trabajo es lo único que tengo. Ni siquiera tengo comida en la nevera”. Como si fueran pareja, un par de colegas que son vecinos comparten un café en la mañana antes de salir a trabajar. Y como una pareja confirman que esa noche cenarán con fuentes. Otro reportero se despide de beso de su pareja gay en la puerta de su departamento y vuela a Alabama donde entrevista a un lugareño que critica las uniones entre personas del mismo sexo.

Gleen Thrush, contratado por el NYT en 2015, es una especie de reportero/celebridad que se ajusta al perfil que busca el *Times*. Hábil para hablar en el *podcast* y en la televisión, y muy activo en Twitter donde llegó a tener casi medio millón de seguidores. Pero su exceso de opiniones en esta red opacó su trabajo como reportero hasta que un llamado de atención de sus jefes lo lleva a poner su cuenta en pausa.

El cazador puede ser cazado. En el tiempo en que el *Times* está reportando sobre los abusos sexuales de Harvey Weinstein y del mismo Donald Trump, quien pagó por el silencio de sus amantes, la vida laboral se complica para Thrush cuando el portal Vox reportó sobre sus insinuaciones sexuales indebidas a cuatro mujeres. El periodista (casado) reconoce sus culpas, es suspendido por dos meses, pierde su trabajo soñado en la Casa Blanca cuando le asignan una nueva fuente.

Después de que Trump llamara al diario “enemigo del pueblo” o “fracasado *New York Times*”, y tras tanto batallar en el oficio en una nación dividida y en un estado de crispación permanente, el documental acaba con abrazos y sonrisas cuando el diario obtiene tres premios Pulitzer a principios de 2018. La imagen de la fachada de la moderna sede de Manhattan, muestra la solidez del cuarto poder. “Muchos de los que nos criticaban en la Casa Blanca ya no están allí. Nosotros acá seguimos”, dice Dean Baquet a modo de despedida. ☺



Fotograma tomado de la serie documental *El cuarto poder*.

# Borrasca

Yo soy el Poema de la Tierra, dijo la voz de la lluvia.  
Walt Whitman

El cielo de Medellín estaba dominado por las lluvias de noviembre. Después del aguacero que solía arreciar durante la noche, el amanecer se cubría de gris. En las primeras horas de la mañana una nube difusa y alargada pendía a media altura sobre la montaña oriental, y poco a poco ascendía hasta fundirse con la nubosidad superior, quieta y sin forma.

Por aquellos días leí que habían habilitado un sendero público sobre la falda de la montaña oriental. Salía desde uno de los barrios más altos de la ladera y llegaba hasta el cerro Pan de Azúcar. Así que decidí caminar hasta allí, aprovechando que los días se abrían desde las nueve o diez de la mañana y permanecían veraniegos hasta cerrarse de nuevo a media tarde.

Después de un almuerzo temprano me encaminé hacia el Centro de la ciudad. Según las indicaciones subí a un bus de servicio público que me llevaría hasta el lugar. Había cupo completo de pasajeros sentados y tuve que viajar de pie. El techo del vehículo era tan bajo con respecto a mi estatura que no pude ver qué ruta tomábamos. Mirando de manera oblicua por las ventanillas laterales aparecían ante mí pedazos de asfalto y, con suerte, los muros de las casas hasta media altura. Conforme ascendíamos, los frentes amplios y bien pintados de las viviendas cercanas al Centro de la ciudad dieron paso a otros más estrechos y humildes, con el ladrillo de la estructura a la vista. En la primera parte del recorrido las calles formaban una

retícula bien definida, luego fueron poniéndose cada vez más tortuosas y empinadas. El bus apenas cabía por la vía y el encuentro con los vehículos que bajaban se convertía en un acertijo milimétrico.

La última estación del recorrido era una pequeña explanada en medio de la pendiente, donde las busetas se vaciaban y se llenaban de nuevo. La gente hormigueaba entre las tiendas de alimentos y ventas misceláneas. Allí confluían los accesos a la parte más alta del barrio. Algunos senderos de escaleras trepaban en línea recta por la cuesta. Atajos menores se unían al camino principal como costillas a una espina dorsal, ceñidos al redondo tórax de la montaña. Las casas flanqueaban los precarios andenes por los costados, casi abrazadas unas frente a las otras. A las de un lado se entraba subiendo por unos escalones, a las del otro se accedía por un pequeño puente que comunicaba directo a un segundo nivel.

Alcancé caminando a una mujer, quien al parecer se dirigía de regreso a su casa, y le pedí el favor de que me indicara por dónde tomar el sendero al cerro.

—Por este lado llega más rápido a la cima —me dijo, mientras me señalaba unas escaleras de trayecto sinuoso y alturas dispares, que se iban acomodando a la pendiente sin patrón alguno—. Sígame —agregó.

Caminé tras ella en silencio mientras pasábamos frente a casas hechas con muros de tabla y techos de chapa metálica. Algunas estaban primorosamente arregladas con plantas florecidas, sembradas en materas que colgaban del

alero, al estilo de las típicas casas campesinas de la región cafetera. Muchos de los pobladores de los barrios altos de la ciudad habían llegado desde el campo una o dos generaciones atrás. ¿Qué más podrían conservar, un haz de leña sobre sus espaldas?

Llegamos a una de las últimas casas asentada sobre una barriga de la loma, sin vecinos al frente salvo unos árboles de naranja y algunas plataneras.

—Aquí me quedo yo —me dijo la mujer—. Usted, siga por ahí.

—¿Por ahí?

—Sí —enfaticé, moviendo su mano en un zigzag cuya claridad no encontraba correspondencia con la pequeña red de caminos improvisados que tenía frente a mí.

—Muchas gracias —le dije, pensando en esperar prudentemente a que ella entrara en su casa para dar media vuelta y buscar el camino oficial.

Pero, puesto que ella seguía allí, de pie, esperando a que yo retomara el sendero que me proponía, comencé a avanzar como pude, tratando de evitar entrar en las otras casas, que era a donde me parecía que conducían los escasos atajos reconocibles.

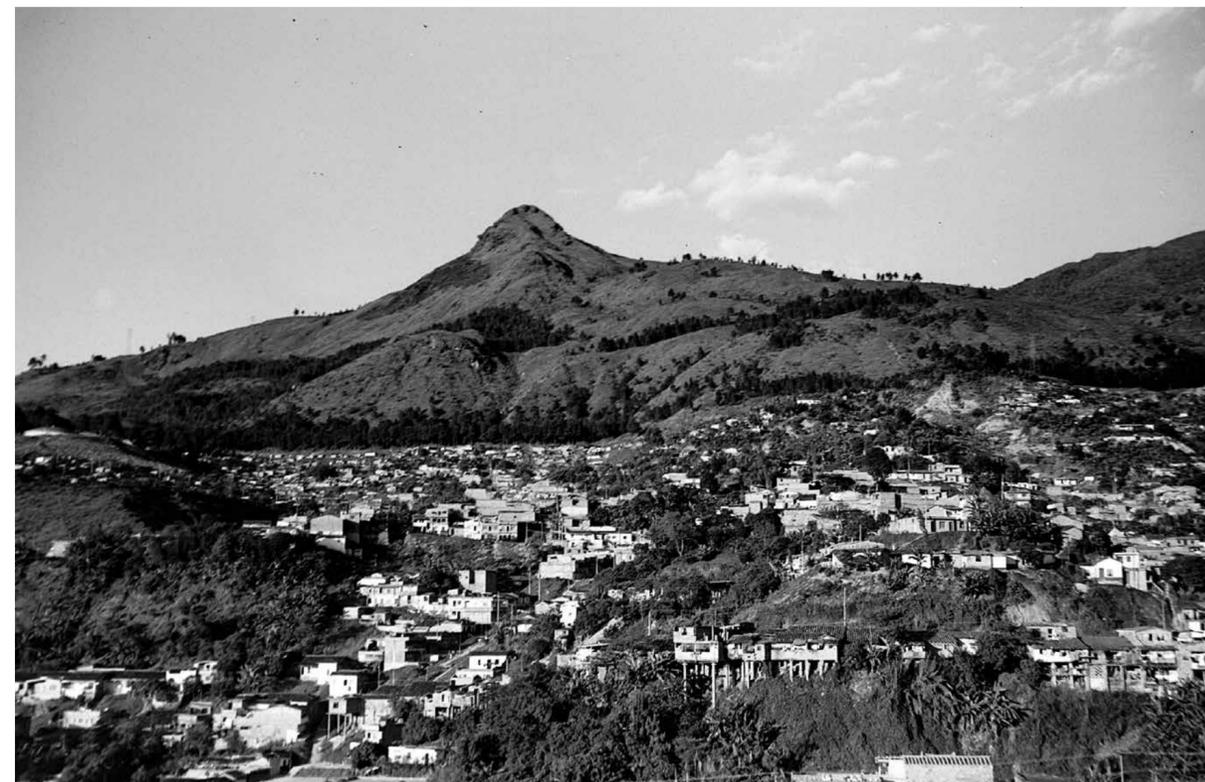
—¡Por ahí, siga! —me decía ella, en voz alta, desde abajo, como empujándome hacia la cima con sus propias manos. De esa manera, poco a poco, fui encontrando el camino, que contorneaba ya las faldas rocosas del propio cerro.

A partir de allí hacia arriba no había más casas. La fuerte pendiente no permitía construir, y seguramente esos eran ya terrenos del parque público,

en los que estaría prohibido asentarse. Pronto, el sendero que había tomado desembocó al nuevo, aún poco transitado. Esporádicamente me topaba con otro caminante, pero la mayor parte del tiempo pude disfrutar de completa soledad en el ascenso. El camino corría por la montaña convertida desde hacía décadas en potrero, y solo en ciertos pasos cruzaba precarias arboledas de pinos y eucaliptos. Algunos jardineros solitarios sembraban plantas y arbolitos nativos, queriendo devolverle a la montaña su aspecto original.

Me di vuelta y observé la ciudad extendida sobre el fondo del valle. Era imposible escapar a esa visión de la enorme hondonada. A ella acuden siempre las miradas cuando se asciende por las montañas que la rodean. La profundidad de la gran cuenca ejerce fuerza sobre sí misma. Pareciera que quiere retener al caminante y evitar que gane las cimas, y que, quizá, llegue a deslizarse por fuera para nunca más volver.

La senda estaba hecha en piedra, al estilo de los antiguos caminos indígenas que por allí mismo comunicaban el fondo del valle con el altiplano oriental, donde había minas, tanto de sal como de oro. Los primeros españoles en llegar al valle, liderados por el mariscal Jorge Robledo, enviaron una pequeña comisión para explorar esa red de caminos, y de acuerdo con la admiración que esta les suscitó decidieron evitar internarse por ellos. Pensaron que el pueblo que los había construido debía ser no solo numeroso, sino quizá bastante avanzado como para arriesgarse a enfrentarlo



Cerro Pan de Azúcar. Gabriel Carvajal, 1982. Archivo BPP.



Cerro Pan de Azúcar. Juan Fernando Ospina, 2015.

en ese momento. De modo que resolvieron seguir de largo, hacia el norte, buscando las renombradas minas de oro de Buritica, en el vecino valle del río Cauca. Para ese entonces, ahora se sabe, no existía ya esa gran civilización que al parecer pudo haber hecho los senderos. La maestría de la obra aplazó sin embargo el contacto de los nativos del altiplano con el recién llegado español.

El cielo estaba despejado pero no me fiaba. Justo por encima de las montañas del oriente solían aparecer los grandes aguaceros, que avanzaban sobre la ciudad como telones móviles de agua.

A media tarde arribé por fin a la cima. Dos jóvenes que habían llegado allí en motocicleta —por otra vía hasta cierto punto transitable— me pidieron que les hiciera algunas fotos con la ciudad al fondo. Cuando se despidieron el cerro quedó para mí solo.

El pináculo era pequeño y estaba cubierto de roca viva y tierra suelta, con una imagen de la Virgen de la Candelaria presidiendo la vista sobre la ciudad. A sus pies la roca tenía un aspecto sedoso de color verde, y brillaba al sol como la piel cuarteada de un elefante que juega en el agua. Era la misma roca que tantas veces había visto en mis caminatas por el altiplano de Santa Elena, trescientos metros más arriba del cerro, sobre la cresta de la montaña oriental. Entre los geólogos se conoce como dunita, una roca que por su composición puede ser parcialmente diluida por el agua para formar cavernas y oquedades.

Justo detrás de la virgen había una de esas cavernas. Era un agujero de bordes lisos y rectos marcados por las fracturas de la roca, que se profundizaba de manera escalonada con un tamaño suficiente para alojar dentro a un pequeño grupo de personas acullilladas.

Se me vino a la mente la historia griega del oráculo de Delfos, ubicado también en una ladera que reina sobre un valle en su parte baja, y que a su vez se encuentra tutelado en su parte alta por una cima mayor, el monte Parnaso. La leyenda dice que sobre una grieta

abierta en la roca solía ubicarse una mujer, la pitonisa, quien, ebria de los vapores que exhalaba el subterráneo a través de la fisura, expresaba en palabras confusas los mensajes de los dioses.

Siempre me han gustado ese tipo de historias en las que el hombre se acerca a la naturaleza a pedirle consejo. En el caso del oráculo de Delfos se dice que en tiempos inmemoriales habitaba allí la diosa Gea, quien a través de una serpiente pitón predecía el futuro de las gentes. Apolo, al dar muerte a la serpiente, se erigió como el dios del santuario, donde luego sería construido un templo en su honor. A las primeras adivinas se les llamó sibilas, y luego simplemente pitias o pitonisas. Estas ejercían su adivinación sentadas sobre un trípode, entre cuyos apoyos corría la traza de la grieta vaporosa.

La dunita es una roca que proviene de la parte más profunda de la corteza oceánica, a unos diez kilómetros por debajo del piso del mar, allí donde comienza el manto de la Tierra. Y habría ascendido a la superficie gracias a las aberturas continentales que se producen en los márgenes de las placas tectónicas. Nuestras cordilleras son producto del choque de dos de esas placas, y el cuerpo de dunita subió hasta nosotros aprovechando esa fractura en la corteza terrestre. Después de su viaje desde muy profundo en el subsuelo la roca vino a formar buena parte de las montañas del oriente de la ciudad, internándose en el valle de Aburrá hasta media ladera. El núcleo del cerro Pan de Azúcar y sus alrededores están hechos de su antigua materia. La dunita es un mensajero de los confines de la Tierra. De ahí mi fascinación por esa roca y sus oquedades, que al encontrar resonancias en los mitos parece que en cualquier momento nos pudiera hablar.

El cielo, atípico para ese momento de la tarde, permanecía completamente azul. Una brisa fresca me hizo sentir a gusto, de cara al paisaje que se abría ante mí. El oráculo y yo nos hacíamos compañía en silencio frente a la ciudad.

Para algunas personas el Pan de Azúcar es un volcán, que explotó en 1987. Es cierto que en ese año uno de los flancos del Pan de Azúcar se desgajó y sepultó parte del barrio Villatina, ubicada a sus pies. La lengua de piedra y tierra golpeó las casas por el costado con una violencia inmisericorde. Sin embargo, el desastre no había tenido que ver con volcanes ni con nada parecido. Aguas de la temporada de lluvias, y de una acequia improvisada que pasaba por la cintura del cerro, se fueron colando por entre las fracturas naturales de la roca. La tierra ya floja de ese perfil de la montaña terminó por venirse abajo. Tres manzanas del barrio fueron arrasadas y cerca de quinientas personas murieron.

Di pasos sobre el pináculo rocoso, como midiéndolo, y poco a poco conseguí desprenderme de la magnética vista del fondo de la hondonada. Detrás del cerro había aún una zona amplia sobre la montaña, antes del ascenso final hasta la cima. Desde la ciudad, esta parte permanecía oculta a la vista. Me interné un poco por allí, por un camino de tierra amarilla, y anduve de un lado a otro sin ningún interés en especial. Pasaba cerca de las pequeñas casas fincas esparcidas por el lugar, bastante separadas unas de las otras. En ocasiones me cruzaba con alguien y nos saludábamos, o sosteníamos una corta conversación sobre a dónde llevaban los diferentes caminos.

De repente, una ráfaga de viento frío me golpeó el rostro. Miré hacia la cresta de la montaña y vi que un nubarrón oscuro comenzaba a asomar como las alas enormes de un murciélago. Todo el borde del costado oriental del valle se cubría de una gruesa capa de nubes negras. Era hora de volver a la ciudad.

Bajo las indicaciones de un hombre comencé a descender por un atajo que se iba internando entre los flancos de una quebrada, al costado mismo del Pan de Azúcar. Al andar, el cerro quedaba a mi derecha, cada vez más alto. Era un descenso empinado y el bosque levantaba sobre él una muralla salvaje. A medida que avanzaba era como si esa parte de

la montaña cayera un escalón más hacia la oscuridad. De repente estalló un trueno y me detuve a mirar el cielo. Más que desplazarse, las nubes de plomo se encrespaban sobre mi cabeza. Continué, acelerando el paso. A partir de cierto punto la ciudad asomaba a retazos por detrás de los matorrales, y, gracias a esa perspectiva, los pájaros, que cantaban inquietos, parecían volar de un techo a otro de las lejanas construcciones.

El viento frío comenzó a soplar más fuertemente montaña abajo, encañonando entre las fracturas naturales de la roca. Me abordó la inquietud y pensé en dar marcha atrás. Un halcón que chillaba llamó mi atención. Tenía unos polluelos a los que incitaba a seguirlo en sus audaces vuelos, como si quisiera precisamente sacarlos al calor de la lucha contra el aguacero que se avecinaba. Comenzó a llover sin fuerza y decidí continuar. El camino de tierra se puso resbaladizo y era necesario dar pasos más cortos y cuidadosos. Un relámpago iluminó de repente la penumbra de la tarde y suspendió el tiempo, hasta que se descargó un poderoso trueno que hizo temblar la montaña. En la parte baja se veían los techos de algunos ranchos recién armados con plásticos y madera sobrante. Escombros o piedras repartidas por la cubierta intentaban impedir que se la llevara el viento.

La lluvia aún era suave y a duras penas alcanzaba a mojarme. Más que caer, parecía manar del cielo a lo largo de una pesada cabellera. Al contrario, en las cabeceras de la quebrada no podía distinguirse el límite entre la montaña y las nubes. Tierra y cielo estaban unidos por un solo muro gris de lluvia torrencial. Alumbraban rayos uno tras otro, a veces marcando una trayectoria y a veces como lamparazos de una luz primitiva y caótica. Me cubrí con mi impermeable y seguí descendiendo junto a la corriente. El arroyo se veía bajar cada vez más fuerte y revuelto, lleno de hojarasca.

Entonces se largó el verdadero aguacero. Un gran felino arañaba con sus garras los nubarrones que colgaban en el

firmamento. Ráfagas de agua me golpeaban la cara. Con un ruido semejante al de vasijas de arcilla que se quiebran, los truenos se sucedían en medio del clamor de la lluvia.

El arroyo, no obstante, mermó su caudal. Era un signo inequívoco de que el agua se había represado en algún lugar en la parte superior. Probablemente, márgenes derrumbados de la misma quebrada habían caído sobre el lecho y obstaculizaban la corriente. Un peligroso embalse se formaba oculto entre el bosque de las cabeceras del arroyo. Una vez se rompieran los diques naturales se desataría una avalancha, derramándose con todas sus fuerzas ladera abajo. Comencé entonces a ascender en línea recta por uno de los flancos agrestes del cerro para volver a la cima, acosado por el temor de ser arrollado por la avalancha. Mientras tanto, la lluvia arreciaba en ráfagas aún más furiosas y los relámpagos caían como flechas en el corazón de la tierra.

A medio camino del pináculo, con el pulso del corazón en la garganta, me detuve y di media vuelta, esperando la furia desatada del agua. De repente, una especie de chasquidos de lo que parecía ser lodo golpeando sobre piedras, antecedió a una lengua amarillenta de agua espesa que iba arrasando con lo que encontraba. En desenfadada carrera la avalancha se dirigía hacia la ciudad. El arroyo crecía desmesuradamente más allá de cualquier proporción imaginable. La riada incesante hipnotizaba mi mirada. Las aguas comenzarían a inundar las casas más altas del barrio; las tablas de las paredes y las hojas de chapa metálica de los techos se amontonarían en la orilla de la corriente como moscas muertas.

Subí hasta la cima a grandes zancadas, resbalando y tropezando, y al llegar vi que la borrasca no sucedía solamente allí cerca del cerro, sino en todas las quebradas del valle. La ciudad entera se hallaba bajo un velado resplandor. Los truenos balaban como animales de otros tiempos, el viento aullaba. El sol fue desapareciendo y el profundo valle se envolvió en tinieblas. Salté dentro de la cueva de roca y me agazapé. Un vaho cálido me acogió y me adormiló, mientras veía pasar por mi mente el mito del diluvio, que para los antiguos dioses no era más que un volver a comenzar. Podía ver, aun con los ojos cerrados, cómo la lluvia no dejaba de caer sobre la corona de cimas que rodea el valle. Las fuentes de los arroyos eran inagotables. Las quebradas se hinchaban como branquias y arrojaban sus aguas hacia el fondo de la hondonada. El mar lejano parecía haber surgido del subsuelo para alimentarlas. El río Medellín, aventajado por la irrigación, dejó pronto su curso para crecer sobre las calles, las casas y los edificios más altos, en la medida que subía por las laderas, tragándose las mismas riadas que lo nutrían.

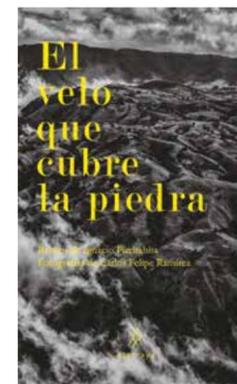
Estaba escrito que en la noche cerrada e ineludible se impondría el silencio. Y cuando el sol saliera de nuevo derramaría su luz sobre la tersa superficie del agua inmensa. Las montañas de oriente y occidente estarían unidas de nuevo, como hace millones de años en la historia geológica, pero esta vez por el enorme espejo de agua que llenaría el gran valle de Aburrá. Solo quedarían visibles los cerros más altos, donde viven los vientos, donde esperarían las aves, mirando atónitas ese renovado sosiego.

Pero también estaba escrito que llegaría el momento en el que las aguas

tendrían que descender de nuevo, porque hasta las iras más grandes se aplacan. Las fuerzas cederían y todo volvería una vez más al comienzo. Ese poder renovador del diluvio, consignado en los primeros textos de la humanidad, escritos por sumerios y babilonios, estaba allí, en el valle y en sus mudables hilos de agua, latiendo para mí. Era el último aullido de mi oráculo personal que habita en las montañas orientales, del gran tigre que arquee su lomo bruscamente, como para hacer fácil el trabajo del viento.

De repente la lluvia, los relámpagos y los truenos cesaron. Ya no se desbordaban más los embalses celestiales. El agua de la quebrada fue bajando su caudal lentamente hasta quedarse en un nivel alto y turbio pero sin riesgo. La noche se vino encima y las luces de la ciudad se veían titilar a lo lejos.

Salí por la parte baja del cerro y anduve por las vías estrechas. En un punto donde la calle se interrumpía por obras civiles debí tomar un sendero peatonal que se alejaba momentáneamente de la vía. En las ramas de los árboles de un solar me pareció ver que colgaba aún el limo del fondo del gran lago, que en las sombras de la noche mostraba formas humanas. Sobre la madera del improvisado pasamanos estaba posada una gallina ciega. Me detuve a mirarla, como transportado, hasta que pasó otra persona que venía de subida y la espantó. Allí donde el ave estaba posada, sus delicadas huellas, que aún no se secaban, parecían insinuar por breves instantes la fuerza de la lluvia tempestuosa y el olor de la montaña mojada, y, aún más, la promesa de una nueva vida sobre la tierra revuelta. ©



Este texto hace parte del libro *El velo que cubre la piedra*. Relatos de Ignacio Piedrahíta. Fotografías de Carlos Felipe Ramírez. Atarraya Editores, 2018.





# EL MUSEO DEL PRADO

en Medellín

6 de noviembre de 2018 a 6 de enero de 2019

## Parques del Río Medellín

Visitas guiadas

---

Más información en:  
[www.medellin.gov.co/cultura](http://www.medellin.gov.co/cultura)



GOBIERNO DE ESPAÑA  
MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE

MUSEO NACIONAL DEL PRADO 200 AÑOS

AG/E  
AGENCIA CULTURAL ESPAÑOLA



EMBAJADA DE ESPAÑA EN COLOMBIA



Alcaldía de Medellín  
Cuenta con vos

# EL PROBLEMA DE LOS GRUESOS

por MARVIN SANTIAGO

Ilustración: Titania Mejía

Plantalón de poliéster, camisa blanca hastiada de almidón, corbata de fondo granate y bléiser café. Esa era la ropa que colgaba de la raquítica figura del académico Antanas López, que caminaba desorientado por las calles cercanas al Parque de Bolívar. El taxista amenazó con sacarle la cruceta cuando Antanas le insinuó, con desdoro, que tenía un billete difícil de quebrar, y por eso lo dejó en una ye que se forma en la calle 56 antes de llegar a la carrera 49, cuando el taxímetro todavía no marcaba la mínima. El nivel de malas pulgas del taxista lo dejó pasmado, aun más que el hecho de estar desorientado, algo bebido, y que apenas fueran las once de la mañana. En esos momentos comenzó a pasársele la alegría que lo invadió, más temprano, cuando recibió en el banco aquel billete fresco, recién impreso y de la más alta denominación que jamás se haya visto.

Después de un par de pasos, este espécimen ajeno a la fauna callejera de los alrededores, experimentó un profundo descanso al ver la inmensa mole de ladrillo de la Catedral Metropolitana. “Pero Amariles me las va a pagar...”, decía con los dientes apretados, y vociferando cruzó el atrio de la catedral hasta salir al costado derecho del parque. El cielo reventaba en un azul casi impoluto, que era acompañado de una chispa intensa que parecía incitar a las fibras de poliéster para que revirtieran su proceso, y así convertirse de nuevo en crudo.

Antanas López vio por fin la entrada del Teatro Lido, contó tres negocios hacia atrás, y en el cuarto preguntó por los famosos cigarrillos acanalados. Quien lo atendió, ya advertido por sus amigos de los policías encubiertos que buscaban contrabando, no dudó en fingir extrañeza:

—¿Acanalados? Pues yo ni sabía que existían, le cuento. ¡Carlos! —un hombre que acomodaba mercancía en altos estantes, trepado en una escalera, volteó la mirada—. ¿Usted sabe dónde venden unos tales cigarrillos acanalados?

Carlos tampoco supo dar razón después del guiño del otro. Antanas López preguntó por más cigarrerías y le dijeron que bajara por la calle que remataba el parque. Primero preguntó en la tienda El Piel Roja, después en Variedades

Yuli y por último en la Cigarrería el Zartal, cercana a la carrera Bolívar. Pero por acto de fraternidad entre colegas, todos fueron avisados de las intenciones del posible funcionario.

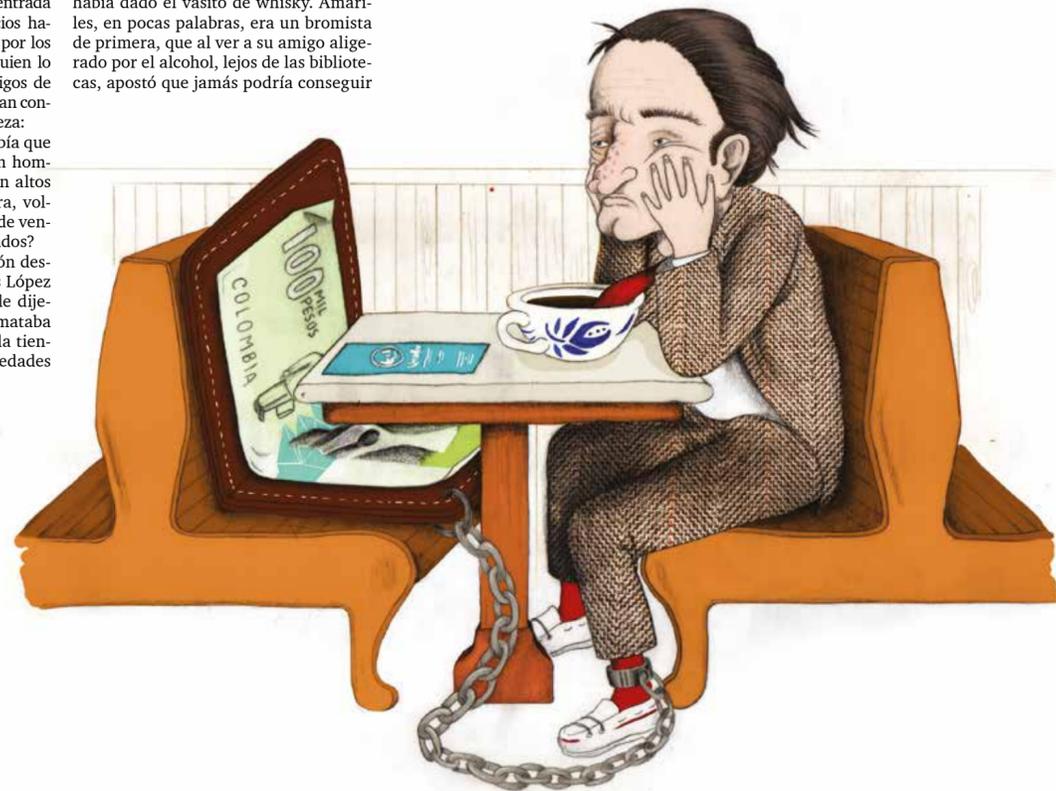
“¡Fue solo un vasito!... pero es que estaba en ayunas pero fue un solo vasito de whisky”, se repetía para sí mismo, evitando prestarle atención a los atendidos que acostumbraba ver desde el otro lado de una ventanilla de carro, mientras presumía de estar haciendo etnografía. Ahora, frente a frente con las fieras de la calle, todo se reducía al paso apretado, a la mirada previsor; al estado permanente de alerta, porque, después de todo, las teorías de control social que tanto defendía eran tan poco prácticas en ese momento como los conocimientos de un zoólogo frente a frente con un felino desencadenado.

“¡Oh, sagrado Bentham!, ¿dónde carajos está tu panóptico?”, decía al agachar la mirada frente a algún peatón que venía en el otro sentido, y solo disimulando lo trémulo de su mano llevándola hacia sus medias barbas. Cuando regresó a la altura del parque de Bolívar, tomó la carrera Junín, que en ese tramo es peatonal. La vibración de una llamada entrante le estremeció el pecho, y al llegar a Versalles pensó entrar para contestar y pedir un café. La llamada era de Amariles, el profesor de urbanismo que lo había acompañado al banco más temprano, el mismo que le había encomendado comprar la caja de cigarrillos, y quien también le había dado el vasito de whisky. Amariles, en pocas palabras, era un bromista de primera, que al ver a su amigo aligerado por el alcohol, lejos de las bibliotecas, apostó que jamás podría conseguir

de La Bastilla. Antanas López, cansado y con algo de alcohol ya transpirado, recordó que, aunque lograra conseguir de nuevo el billete, sus deudas en las librerías que allí se encontraban superaban por mucho el valor de lo que recuperara, y prefirió huir de sus acreedores antes que seguir la persecución.

Sin más, se devolvió hasta la Calle del Pecado, el costado izquierdo de la iglesia de La Candelaria, entre casetas atestadas de películas para adultos, mujeres que miraban con recatado desdén, hombres con ojos camaleónicos, y niños atónitos que poco entendían de lo que dejaban ver las carátulas. Atravesó el Parque de Berrío sin que le importara ya su suerte de presa, llegó a la estación del metro, y en ese momento supo que su dignidad no le permitiría mendigar una sola moneda; entonces caminó por la carrera Bolívar hacia el sur, donde se encontraban algunas prenderías. “¡Adiós, querido reloj de bolsillo!”, fue una despedida que dolió bastante.

Sobre esa misma carrera estiró su desalentado brazo y detuvo un taxi. —¿A dónde lo llevo, patrón? —preguntó el taxista. Antanas López estaba distraído y no escuchó. —¿A dónde lo llevo? —le repitió. —A la mierda. Y tranquilo que acá tengo menuda —respondió Antanas López ya con la lengua menos entumida. Fue necesario buscar otro taxi. ©



“Producíamos más optimismo que plátano, pero así que así, nos dieron la confianza”

**EL PODER de la confianza**

Alfredo Betancur  
Campesino-Cosechero, Jericó Antioquia

La Cooperativa Cosechero en Jericó es una muestra de que cuando te dan la confianza pasan cosas maravillosas

www.confiar.coop



cooperativizando para el bienestar



UNIVERSIDAD EAFIT

¡DILE SÍ A LAS CARRERAS DEL FUTURO!

Te invitamos a que CREAS en el poder de la TRANSFORMACIÓN

www.eafit.edu.co/pregrados

MEDELLÍN

Whatsapp 3146860349 | Teléfono: (+57) (4) 4489500 Ext: 9987 o 9312  
Línea gratuita nacional 01 8000 515 900 | E-mail: mercadeo@eafit.edu.co

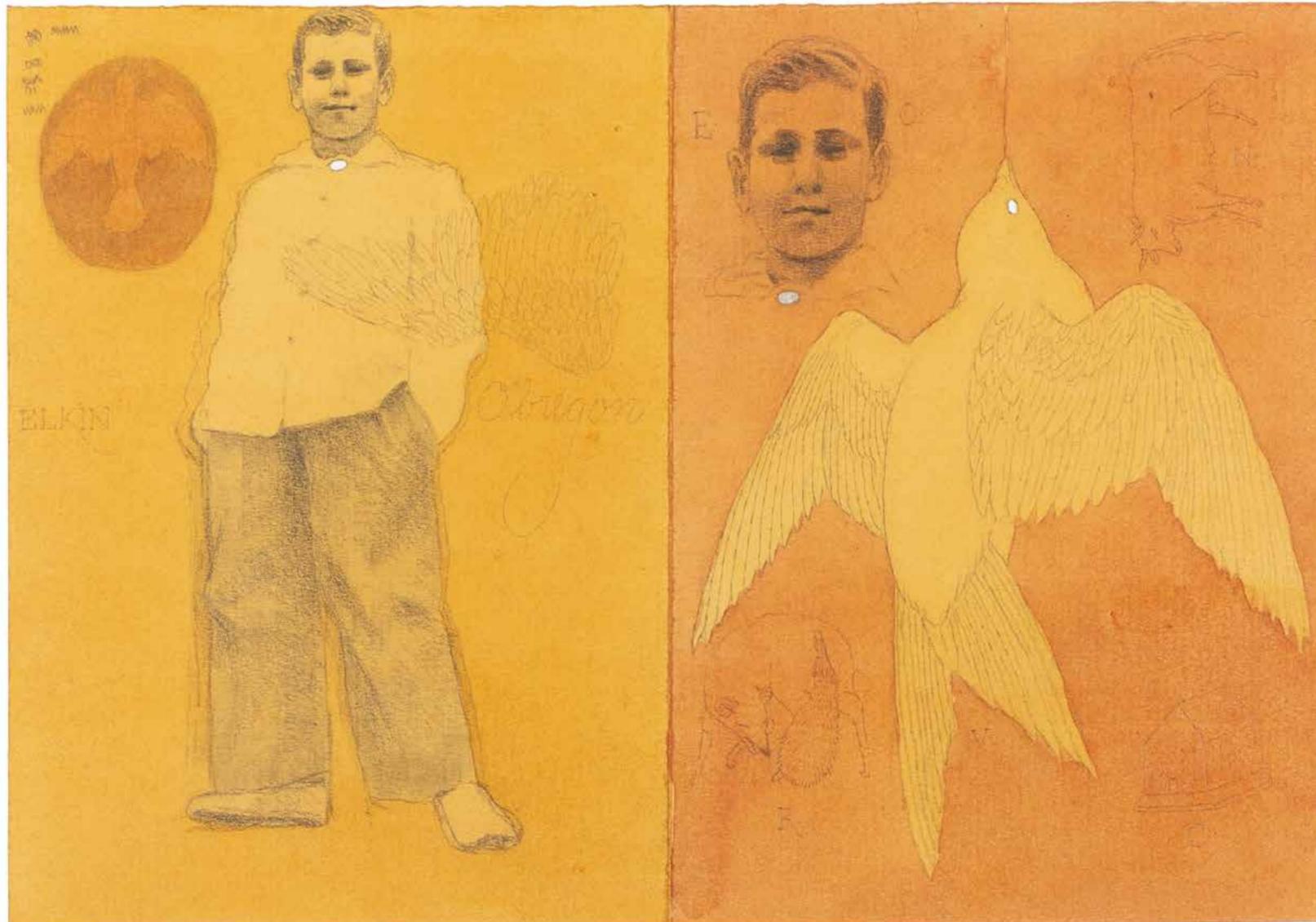
Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación



Elkin Obregón se baja del zarzo y nos cuenta sus rabonas de juventud en esta nueva entrega de Conversaciones desde San Ignacio. Lo acompañan los trazos del maestro José Antonio Suárez.

## CUENTOS DE ESCUELA



### Prólogo

**B**ien podría llamarse hoy novela gráfica la colección de cómics de *La pequeña Lulú* (años cincuenta y sesenta), y novelista a su creador fundamental, John Stanley; gran novelista, a mi juicio, fiel continuador de ciertas páginas de Mark Twain, e incluso, si me apuran, de Scott Fitzgerald. Muchos episodios de Lulú nos muestran a un inspector escolar, de aspecto siniestro, que trata de capturar a los chicos fugados de la escuela; nunca lo logra, por fortuna.

Es la secular costumbre de hacer novillos, o hacer la rabona. Buenas, sonoras y castizas expresiones del idioma español. Pero la verdad es que en cada país hay un modo de llamarla; “capar clase” se le dice en Colombia, o simplemente, volarse del colegio. En Chile es “la chancha”, o “la chancha”; para los brasileños son “suetos”. En EE.UU. es *playing hooky*; en Inglaterra, *skiving off*. Y así, *ad infinitum*.

Ejemplos literarios abundan. Todos recordamos las escapadas de Tom Sawyer; Alphonse Daudet tiene al menos dos relatos sobre el tema, y hay uno, espléndido, de Machado de Assis. De Machado transcribo, a trechos, el último y feliz párrafo de *Cuento de escuela*: “... Los soldados venían al son del redoble del tambor; pasaron a mi lado, siguieron andando. Sentí una comezón en los pies, y el impulso de seguirlos. Ya les dije: el día estaba lindo,

y además aquel tambor... Al final, no sé bien cómo, me puse a marchar también al son del redoble... No fui a la escuela, acompañé un rato a los fusileros, y acabé la mañana en la Plaza de Gamboa. Volví a casa sin monedas en el bolsillo ni resentimiento en el alma...”.

Por sana simetría cierro este capitulito con un episodio de otro cómic clásico, *Mandrake el mago*, del gran Lee Falk: Goliat, un terrible y gigantesco robot, se emancipa de su Frankenstein, y, consciente de su inmenso poder, intenta adueñarse de la Tierra. Nada valen contra él las fuerzas todas del ejército norteamericano; balas, granadas, misiles y bombas resultan inútiles frente a su formidable armazón blindada. Tampoco los recursos hipnóticos de Mandrake hacen mella ante sus ojos no humanos. Borrada esa última esperanza, todo está perdido. El mundo entra en pánico (estamos, por cierto, en tiempos de la Guerra Fría). Una buena mañana, un chico, D. Jones, se escapa de su escuela rural, para hacer novillos, e, ignorante de la existencia del robot (no llegan a su aldea noticias de aquella catástrofe), se lo topa a orillas de una quebrada. Molesto con esa presencia antipática, le arroja una piedra con su pequeña honda. El guijarro alcanza, en la frente del monstruo, su único punto vulnerable. Goliat se desmorona. La inicial D. del chico, solo ahora lo sabemos, corresponde a David.

### Autocita

«Años didácticos

No fui feliz en mis años ignacianos. Rescato de esos tiempos oscuros dos o tres muy buenos amigos, y el inenarrable placer de “volarme”, de saborear el fruto de la libertad prohibida. Desarrollé para ese efecto varias estrategias, todas hábiles y exitosas. Salir pecadoramente a la luz de la plazuela, dejando atrás, cautivos en sus crueles pupitres, al resto de mis condiscípulos, sentados en lóbregos salones, oyendo sin oír monótonos conceptos dictados por ensotanados, sin duda con menos interés en el asunto que el de sus inermes víctimas. Caminar calles, entrar a librerías, comer, si la mesada alcanzaba, un helado en el viejo Capri de Junín, entrar a un cine. Pensándolo bien, si me regaló el colegio felicidad. Amé esos momentos en que me sentí libre. Amo a mi colegio, porque era coercitivo y prohibía. Sin excesos heroicos, me atrevo a decir que aprendí la lección».

### Adenda

Cuando las circunstancias no propiciaban la fuga, una llave mal habida me permitía un refugio en la terraza, a veces frecuentada por viejos sacerdotes armados de libros o breviarios; no se metían contigo, no te pedían cuentas. Eran los inquilinos del tercer piso, especie de cementerio de elefantes

habitado por curas en uso de buen retiro, quienes, libres ya de deberes disciplinarios, te ignoraban olímpicamente. Uno de ellos era el padre Tomás Villarraga, fundador años atrás del Instituto Obrero, una organización que gozó de cierto renombre; además hacía versos, muy en la línea de Epifanio. Uno de sus poemas, *Adiós casita blanca*, fue musicalizado por Carlos Vieco y el resultado es una perla que algunos todavía recuerdan.

(Me tentó contar algunas mínimas anécdotas nacidas de esas fugas. Pero no te inquietes, lector, no lo haré. Son apenas redobles de mi tambor).

Pensaba airear, y me arrepentí, los varios casos de odio y sevicia que me mostraron con el ejemplo algunos de estos hombres de sotana. No vale la pena remover esas aguas. Guardo en cambio un recuerdo amable del padre Rodolfo de Roux, sosegado y poeta (supe luego que había publicado un libro), y, por otras razones, del padre Briceno, quien animaba una tertulia musical no obligatoria, cosa que la hacía dos veces estimable. Briceno, cordial pero distante, no se interesaba en saber nuestros nombres, lo que nos regalaba una especie de anonimato. Años después supe que ambos —de Roux en las letras, Briceno en las músicas— compusieron unas cuantas canciones, y al menos dos de ellas, *La molienda* y *La cogienda*, siguen siendo habituales en el Mono Núñez y otros festivales similares que gozan aún de buena salud.

### Borges

En fin, pasan los años. Mi colegio no es ya mi colegio, otros inquilinos lo habitan. En 1958 la plazuela fue escenario de una quema de libros, *happening* del recién nacido nadaísmo. No estuvo este escriba en él, ni quiere extraviarse por esas ramas, harina de otro costal. En 1963, salido de no sé dónde, aterrizó en el Paraninfo Jorge Luis Borges. Muy pocos conocían su nombre; yo sí, por inmerecida suerte, pues había leído en *Cromos*, revista que jugaba a dos bandas, *El jardín de senderos que se bifurcan*, cuento del que, como todos sabemos, nadie sale incólume. Además, me atrajo el nombre de su conferencia, “La poesía y el arrabal”. Esa tarde, ante muy pocos asistentes, Borges desplegó un mundo de compadritos, de orilleros, de cuchilleros y de “esquinas rosadas”, adobado de juegos pirotécnicos, frases inteligentes y anécdotas estupendas, y de su amor siempre inmarchito por la poesía. En esa ocasión afirmó que pertenecer a un país era ante todo un acto de fe, frase que, años después, pronunció el narrador payanés de su cuento *Ulrika*. Casi al final, y a propósito de Evaristo Carriego, recitó con voz emocionada una estrofa de aquel “cantor del suburbio”, que todavía recuerdo, y que tal vez era, de algún modo, lo que allí se quería demostrar:

Le cruzan el rostro, de estigmas violentos  
hondas cicatrices, y tal vez le halaga  
llevar imborrables adornos sangrientos,  
caprichos de hembra que tuvo la daga.

(Quince años después volvió Borges a Medellín, abrumado por la fama. Se presentó en la Biblioteca Piloto, que apenas si pudo albergar a una multitud ansiosa de verlo y oírlo. Este cronista logró ambas cosas, y deja constancia aquí de esa mañana memorable).

### Estudios Generales

Los traseros de la plazuela dan a la carretera Girardot. Por esa misma vía, superado Ayacucho, se alzaba una casona, antigua ubicación de las dependencias del Tránsito. El lugar fue precariamente acondicionado para ser, a comienzos de los sesenta, la sede del Instituto de Estudios Generales de la U. de A., un interesante experimento pedagógico que tuvo —ignoro las causas— una corta vida de no más de tres años. Era esa primera sede, la que conocí, un vasto laberinto de pasillos, patios, paredes de tapia, recodos, cuartos y cuartuchos. Su decano, Antonio Mesa Jaramillo, llegaba de la Facultad de Arquitectura de la UPB, de donde había sido echado por publicar en la prensa local (*El Diario*) un artículo en contra de La Gran Misión, una especie de cruzada venida de la peor España para recristianizar a colonias en peligro. El artículo de Mesa Jaramillo, “Cristianismo de pandereta”, solo daba para expulsión en una Universidad Pontificia. Pero, gracias a esto, Estudios Generales gozó, bajo su dirección, de un momento, exótico en esos años, de libertad, creatividad y fe en las cosas, demasiado bueno para durar. En aquellos recintos peroró Camilo Torres, disertó Mejía Vallejo, se presentó en sociedad Darío Ruiz Gómez. Alberto Llerena animó un grupo de teatro, hubo recitales de música folclórica, y hasta surgió al parecer un romance culposo, por muchos sospechado y envidiado, y de algún modo precursor, pues nadie se atrevió a tirar la primera piedra. Resumiendo, a Mesa Jaramillo le movieron el piso a los seis meses, y las aguas volvieron a su sitio.

P. D.: *In my end is my beginning*. En Polonia y en las Islas Faroe se celebra el primero de marzo (comienzo de la primavera) el día nacional de hacer novillos. ☺

por ELKIN OBREGÓN S.

Ilustración: José Antonio Suárez

# Biografía de un polvo

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Ilustración: Fragmentaria

Para Carlos Ortega

La beneficiaria de este polvo fue Constance Reid (*lady Chatterley* en virtud de su matrimonio), una chica inglesa perteneciente a las clases altas que se educó en algunas de las principales ciudades europeas: París, Florencia, Berlín, Dresde. En consecuencia, poseía un espíritu cosmopolita. El héroe del famoso polvo, un tal Mellors, era hijo de un minero, un vástago del pueblo. Fue un polvo de entreguerras, un polvo bolchevique. Como no recuerdo la fecha exacta situémoslo a comienzos de los años veinte del siglo pasado. Veamos en qué circunstancias históricas se gestó.

Sabemos más o menos cuándo comienza una época, pero no cuándo termina. La Edad Media, según los entendidos, arranca con la caída del Imperio Romano, en el siglo V, y termina mil años después, en el siglo XV, con el inicio de la modernidad. Esto es lo que dicen los libros de texto. Pero lo cierto es que hoy, seiscientos años después de su culminación hay miles de personas, quizá millones (solo en nuestro país), que, aunque rodeadas de tecnología, parecen deambular por los vestíbulos de esa época oscura. Igual sucede con la llamada era victoriana, un corolario de la Edad Media que, según los expertos, terminó en 1901 con la muerte de la reina Victoria y que, pese a lo pregonado en los libros de texto, siguió viva en las cabezas de los ingleses hasta muy entrado el siglo XX. En los más de sesenta años que duró el reinado de esta mujercita algo regordeta, algo histérica, algo glotona, algo hedionda, se logró la industrialización de Inglaterra, su consolidación como imperio y la imposición, en toda la sociedad, de normas morales rígidas. El desconocimiento del cuerpo y la negación de la sexualidad como placer trajeron la multiplicación de las depravaciones, del adulterio, de la prostitución. Lo que escandalizaba de día se hacía de noche multiplicado por cinco, y hasta por diez.

Como la práctica de la masturbación era muy común entre mujeres y hombres, se crearon mitos en torno a ella, uno de los cuales decía que volvía a las mujeres malgeniadas, insomnes, irritables, proclives a los dolores de cabeza y al enflequecimiento por la pérdida del apetito. Estos síntomas eran propios de la histeria femenina, un mal que los médicos trataban estimulando los genitales de las mujeres hasta hacerlas llegar al orgasmo. Cansado de manipular las vulvas de las aristócratas inglesas, hediondas por falta de aseo, el doctor Joseph Mortimer inventó el vibrador, que las usuarias podían utilizar a su antojo y llegar, en poco tiempo, a las cimas tan altamente deseadas.

Casi tres décadas después de la muerte de Alejandrina Victoria, ocurrida en 1901, vivos en los cerebros los prejuicios del siglo anterior, se publica en Florencia un libro donde se cuentan los pormenores de este polvo; y su autor D. H. Lawrence debe salir al exilio. Como decíamos, la beneficiaria recibió, junto a su hermana Hilda, una esmerada educación que transcurrió lejos del hogar, libre de la vigilancia de los padres. Las jóvenes fueron testigos de los grandes movimientos artísticos, de privilegiadas discusiones intelectuales. Cuando estalla la guerra, en 1914, las dos hermanas deben volver a casa; Hilda tiene veinte años, Constance dieciocho; ya no son vírgenes.

Es 1917. La guerra parece interminable, estancada; en las ciudades se siente el desabastecimiento. Las huelgas, los amotinamientos y las insurrecciones sacuden los cimientos de Europa. Es el año de la revolución rusa. El pueblo, el llamado proletariado, entra victorioso al Palacio de Invierno, residencia

habitual de los zares. Es también el año en que la joven Constance Reid se casa con el teniente Clifford Chatterley, aristócrata, virgen, a quien el sexo solo interesa en la medida en que garantiza la continuidad del linaje. La cosa es que al año siguiente *sir* Clifford, o lo que queda de él, es devuelto a casa luego de una batalla y *lady Chatterley* tendrá que lidiar con un inválido, asearlo, bañarlo, acomodarlo en la silla de ruedas, dar largos paseos por el bosque, propiedad de Clifford luego de la muerte de su hermano mayor en la guerra.

Clifford no es un hombre malo, es un aristócrata y piensa como los de su clase. Las largas conversaciones que la pareja sostiene en la casa, en las caminatas por el bosque, él en su silla de ruedas y ella a su lado, le muestran la mezquindad de la aristocracia. Con los meses, desgastada por el esfuerzo de tener que lidiar todos los días con el pesado cuerpo del inválido, presa de la desesperanza, un sentimiento de desafección hacia Clifford y todo lo que él representa se va apoderando de Connie. Ya no es la mujer de carnes duras, de hermosa piel, de belleza casi salvaje. Si hubiera vivido unas décadas antes estaría en el momento preciso para ser paciente del doctor Joseph Mortimer, y este, acaso, la habría alentado a conseguir un vibrador. Ha tenido algo con un tal Michaelis, de su mismo círculo social; sin trascendencia.

A instancias de Hilda, preocupada por la situación de su hermana, Clifford contrata los servicios de un ama de llaves que hace más llevaderos los días para Connie. Ahora da largos paseos por el bosque,

sola, y, poco a poco, va recobrando la fortaleza. En uno de esos paseos ve por primera vez al guardabosque, un hombre algo mayor que ella, recién salido de una pulmonía, solitario, de pelea con el mundo porque muy pocas veces se ha tirado un buen polvo, circunstancia de la que culpa a la sociedad gazona y recatada a la que solo le interesa el dinero. Las mujeres son egoístas y, en más de una ocasión, se ha sentido utilizado. Es, hablando sin tapujos, un sirviente de Clifford, como aquel John Brown, sirviente de Alejandrina Victoria, que, según las malas lenguas, le daba sus buenas lamidas a la reina.

Connie, o mejor *lady Chatterley*, es un cuerpo con el deseo exacerbado y desde que vio a Mellors, el guardabosque, lo eligió. Asurada, casi chamuscada, cae en los brazos de su sirviente. Las primeras veces no participa del todo en el asunto, lo ve trabajar sobre ella y el movimiento de sus nalgas le parece ridículo. Pero a medida que se suceden los encuentros las cosas cambian. Como el proletariado entrando victorioso al Palacio de Invierno, al que no tiene derecho, entra el guardabosque en la intimidad de *lady Chatterley*, procaz, perforando con las palabras los oídos incircuncisos de ella:

—Eres un buen chocho, el mejor chocho de la tierra. Cuando quieres, cuando te da la gana.

—¿Qué es chocho? —dijo ella.

—Ah, ¿no lo sabes? Chocho eres tú ahí abajo, lo que me das cuando estoy dentro de ti”.

Una vez, bajo la lluvia, al borde del sendero que conduce a la cabaña, toma posesión de ella como en

las antiguas mitologías hacían los sátiros con las ninfas. Fue un polvo relámpago, pero gustador. Ciertas cosas han cambiado. Por ejemplo, las mujeres se tomaron los puestos de trabajo mientras los hombres andaban en la guerra, las costumbres higiénicas son otras. Ahora hombres y mujeres se bañan todos los días (y no como en el siglo anterior una vez al año y las mujeres con los complicados trajes encima sin siquiera tocar sus partes íntimas). La limpieza de los cuerpos reinventa las caricias. Ya en la cabaña, los cuerpos secos, él la acaricia: “Una mujer es una maravilla cuando se la puede joder entrando hasta adentro, cuando el coño es bueno. Qué culo tan rico tienes. Tienes el culo más hermoso que nadie. El más hermoso, el más hermoso culo de mujer que existe. Y cada pedacito de él es mujer, mujer como la leche. No eres una de esas chicas con un culito de pitiminí que podrían ser chicos. Tienes un culo de verdad, suave y redondo, como le gusta de verdad a un hombre con pelotas...”. Connie ríe, pero él continúa imperturbable... “Eres real e incluso un poco puta. Por aquí cagas y por aquí meas y pongo mi mano en los dos sitios y te quiero por eso”.

Bien follada, las palabras de Mellors rodando por su mente como piedras incandescentes, como caricias lacerantes y al mismo tiempo gustadoras, encrespadas sus aguas interiores, las mismas que cantó Saint-John Perse, saladas y turbulentas aguas del deseo, *lady Chatterley* no puede, por más que lo intenta, ocultar que tiene un amante. La señora Bolton, el ama de llaves, se da cuenta, Clifford también. Le gusta la impudicia del guardabosque, sus dedos acariciadores descubriéndola, conquistándola, asolándola. Todo se lo cuenta a Hilda que anda separada o en proceso de separación, decepcionada de los hombres. Digamos que no entra en detalles, le dice que está enamorada del guardabosque, que con él es diferente. Hilda, preocupada, se entrevista con ellos; cree que Connie confunde amor con capricho, piensa, y en esto es realista, que las diferencias de clase son insalvables, los ricos en un lado, los pobres en otro.

Como esas terceras personas que opinan sobre una pareja y toman partido por el amigo o el familiar y al final son rechazadas por ambos, puestas en su sitio, así le pasó a Hilda cuando intentó meter la cuchara, fisgar en donde no debía. Y es que la pareja es como un orbital que solo admite dos electrones, es una ley del universo.

—¿De verdad cree que vale la pena correr el riesgo? —pregunta al guardabosque.

—Eso pregúnteselo a ella.

—Preferiría —dice Connie— que te dejaras de tonterías”.

Entonces Hilda les suelta el discurso de la continuidad, el discurso de Clifford en las largas caminatas por el bosque y Mellors, más procaz que nunca, pregunta.

—¿Qué continuidad tiene usted en la vida?

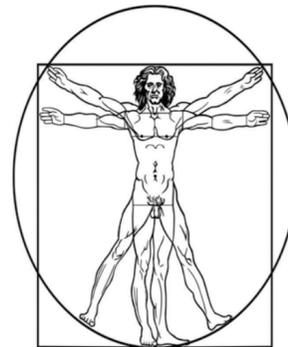
—¿Qué derecho tiene usted de hablarme de esta manera? —pregunta Hilda enojada.

—Y qué derecho tiene usted a echarle a otra gente su continuidad a las espaldas... Yo tengo mi propia clase de continuidad y es tan larga como su vida... y si su hermana viene a mí en busca de un poco de polla y de ternura sabe muy bien lo que hace... Yo no llevo los pantalones con el culo por delante y si una fruta cae en mi mano bendigo mi suerte. Una chica como esta puede dar un montón de placer a un hombre, que es más de lo que puede decirse de las que son como usted. Lo que es una pena, porque usted podría haber sido quizá una manzana jugosa en lugar de una gamba estirada. A las mujeres como usted les hace falta un buen injerto”. Hilda guarda silencio y da por terminada la entrevista. Al día siguiente las dos partirán hacia Venecia, pero esa noche Connie la pasa con Mellors.

El escándalo estalla. Primero aparece la esposa del guardabosque. Después se sabe que la mujer que estuvo en la cabaña es *lady Chatterley*. Las noticias van llegando a Venecia. La esposa ofendida cuenta cómo era su intimidad con Mellors, las cosas sucias que la obligaba a hacer. El nombre de Connie anda en boca de todos. Leyendo la carta que le envía el ama de llaves, o Clifford, no recuerdo muy bien, evoca la última noche que pasó con él y se estremece. Todo lo que hizo con ella lo hizo con otras, es un cochino, un depravado, y lo mejor es acabar con todo de una vez. Mas esto no ocurre. No sabemos, aunque se sugiere, si vivieron juntos y construyeron una familia, si este vástago del proletariado ejerció sobre ella una dictadura o si siguieron tirando hasta el último día, felices.

La primera vez que leí este libro me dejó una sensación extraña. Sentí que Lawrence se había ensañado contra Clifford y no me pareció justo. ¿Por qué tuvo que volverlo inválido? ¿No era mejor crear un personaje normal y mostrar que la impotencia estaba en los prejuicios, en la mente? Mellors tiene todas las ventajas y Connie está tan asurada, cocinándose en su propio deseo, que en el camino hacia su intimidad no hay fuertes que vencer, murallas que derribar.

Parece que la novela es bastante autobiográfica. Lawrence es Clifford, Connie es Frieda Weekley, la aristócrata alemana que abandonó esposo e hijos por seguir a Lawrence, el escritor que años después, minadas sus fuerzas por la tuberculosis, en un estado de postración e impotencia, arrojara en los brazos del *carabinero* Angelo Rivagli a la bella y carnal Frieda. Espiará sus encuentros amorosos, sufrirá, imaginará que es él y no Angelo el que le da sus buenas sacudidas a Frieda, escribirá *El amante de lady Chatterley*.<sup>62</sup>



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676  
vagudelo@hotmail.com



Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés  
Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302  
Fb: @CasadeAsterion



@KARAJILLOCOFFEE CALLE 33 #81A 27 412 0430



Gastronomía personalizada  
Embutido artesanal



itaca

Lunes a sábado:  
12:00 m a 3:00 pm y  
6:00 pm a 10:00 pm  
Domingo: 12:00 m a 6:00 pm

Cra 42 #54-60  
Tels.: 5818538 • 3207908977

# Traductor trucado

## Versiones oscuras de una traducción

Esta historia se inició en 1998 y concluyó en 2008. Durante ese año de 1998 trabajé en la traducción del libro *The Island of the Colorblind* del escritor, médico y neurólogo Oliver Sacks (fallecido hace poco) y cuya versión final, *La isla de los ciegos al color y la isla de las cicas*, saldrá publicada en febrero de 1999, en la colección Biografías y documentos de Editorial Norma. Para esa misma época, existía entre Norma y la editorial Anagrama, de España, un acuerdo tácito de colaboración con las traducciones y que consistía, en rasgos generales, en que si alguna de las dos editoriales trabajaba en la traducción de algún título interesante se la ofrecía a la otra para que la evaluara y, si se daba el caso, publicarla de manera simultánea. Supe, en su momento, que Anagrama recibió la traducción mía, enviada por correo en un disquete, y, aunque alcancé a emocionarme con la posible publicación, pasados varios meses la editorial anunciaba que había decidido hacerla por su parte y me olvidé del asunto.

El caso fue que, para decirlo de alguna manera, la traducción que yo había hecho continuó con una trayectoria secreta que, a la postre, convertiría mi trabajo en una especie de apócrifo involuntario. Así, después de volver de unos años fuera de Colombia, y por una rara combinación entre la curiosidad y los simples circuitos de la llamada serendipia, a finales de 2006, es decir siete años después de la publicación en Editorial Norma, y visitando la librería de un amigo quise revisar un ejemplar de la edición de Anagrama. Para ese momento, esta era la única edición disponible en las librerías nacionales y extranjeras, así como la única versión que aparecía

en cualquier bibliografía en internet y en algunas bibliotecas. Era, por lo tanto, la única traducción para consultar. Sin duda, esa habrá sido la razón por la que me dejé llevar. Además también estaba el hecho de que la edición de Editorial Norma estaba agotada hacía bastante rato.

Cuando abrí el ejemplar, me encontré con algo que nunca antes había visto en mi experiencia de editor y lector: una tirilla de papel recortada y pegada en la portadilla, donde aparecía el nombre del traductor. Aún recuerdo que la primera reacción fue ver la página a contraluz, un impulso inmediato como cuando se revisan indicios para descifrar un enigma policiaco. Y aún creo, también, que cuando vi mi nombre impreso en la página original, tapado por el otro, reaccioné más con asombro y, claro, desconcierto, que con disgusto. Tal vez imaginé que me encontraba con una “errata” inaudita para una editorial a la que seguía con cierta fidelidad.

Me llevé el libro y empecé esa misma noche a cotejo página por página entre las dos “versiones”. En esta primera revisión encontré, después de marcar

con lápiz los párrafos, que más de tres cuartas partes de las páginas impresas, es decir unas 215 (para 352 folios en la versión de Norma, y 320 en la de Anagrama), coincidían, en promedio, en un ochenta por ciento. En las otras, aunque no eran párrafos en estricto literales, la coincidencia en el estilo era más que evidente. La misma sintaxis, los mismos adjetivos, las mismas conjugaciones, la misma puntuación. En síntesis, las mismas decisiones del traductor (o los traductores) a la hora de llegar a una versión final.

Resulta obvio que algunas traducciones paralelas de un mismo texto original coinciden en algunos momentos. Sin embargo, en este caso, varias de estas coincidencias tomaron una dimensión aún más inesperada; una concordancia casi improbable en esos particulares momentos del texto donde se evidencian las verdaderas decisiones del traductor como *autor*, pues son decisiones que se toman sobre la marcha. Así, resulta singular que en las versiones de dos traductores, separados en el tiempo y el espacio, haya, por ejemplo, notas de

traductor semejantes. Por alguna razón se llaman así, Notas del traductor. Pero la afinidad “electiva” más insólita (y, por qué no, más bonita y divertida), aunque breve, fueron las dos líneas pronunciadas por el personaje Callibán en la obra *La tempestad* de William Shakespeare, citadas por Oliver Sacks en el libro: *Be not afraid; the isle is full of noises./ Sounds and sweet airs, that give delight and hurt not*. En la traducción de Norma: No temas: la isla está llena de ruidos. / Sonidos y dulces melodías, que dan placer, y no hacen daño. En la de Anagrama: No temas: la isla está llena de ruidos. / sonidos y dulces melodías, que dan placer, y no hacen daño. La única diferencia: una sutil coma.

Por lo general en estos casos, cuando se trata de clásicos como Shakespeare, los traductores suelen usar traducciones anteriores, en ediciones establecidas, y pueden tomarse como referencia general. En este ejemplo, sin embargo, traduje directamente de la cita original en inglés y (así partamos del beneficio de la duda) resulta asombroso que dos traductores hayamos encontrado una misma manera de aplicar los adjetivos a las líneas de Shakespeare, con quien cada línea traducida es por completo impar frente a cualquier otra. Pero bueno, no podría agregarse nada más que la sensación de una lectura que se aproxima a la del Pierre Menard, el famoso nuevo autor de *El Quijote*, inventado por Jorge Luis Borges.

Después, en el mes de octubre del mismo año, 2006, envié por correo electrónico una primera carta dirigida al director de Anagrama, donde le expresaba mis inquietudes ante el accidental descubrimiento de la coincidencia estructural entre las dos versiones de *La isla de los ciegos al color*. Sería la primera de una serie de cartas y mensajes a los que nunca recibí ninguna respuesta. Envié el correo sucesivas veces y solo hasta cinco meses después, en marzo de 2007, recibí respuesta por intermedio de la jefe de redacción. Una respuesta inicial aún más insólita que los hallazgos de mi cotejo anterior, sobre todo desde una perspectiva editorial básica. Entre varias “aclaraciones” mencionaba lo siguiente: “En efecto, en nuestro poder obraba la traducción que Norma nos había ofrecido gentilmente, razón por la cual en el proceso de elaboración del libro **se deslizó el error de la aparición de su nombre** (énfasis mío), que subsanamos con el remedio de la etiqueta a la que usted se refiere, y que apareció en todos los ejemplares de esa primera edición”. Agregaba que “nuestra traducción no es la suya simplemente maquillada”.

Contesté aclarando que, desde un punto de vista de procedimiento editorial, lo que solía suceder era que el

por JULIO PAREDES

Ilustración: Tobías Arboleda

nombre del traductor **NO APARECIERA** impreso, pero, lo contrario, es decir, que apareciera, significaba que se había usado un archivo original, el mismo que Norma había enviado en disquete años atrás. La respuesta que recibí, y de la que reproduzco un fragmento, no necesitaría mayor aclaración adicional y contribuyó a reforzar la sensación de lidiar con un misterio bastante errático: “Pues la explicación es que en un principio se diagraman las portadillas del libro con su nombre porque la intención es utilizar la traducción firmada por usted. Descartado el hecho posteriormente, no se corrige la portadilla, y de ahí, repito, todo el asunto. Sí es tal vez un error de edición deplorable, pero no un error técnico imposible”. Poco a poco, todo el tema adquiría el entramado de una ficción.

Después de un largo tira y afloje (virtual, por supuesto), me había estrellado con dos circunstancias desalentadoras: una, que las opciones legales habían prescrito por la cantidad de años transcurridos desde la publicación hasta la primera reclamación a la editorial; la otra, que cualquier proceso debía llevarlo a cabo en territorio español. Escenario inviable. Consulté con algunos abogados expertos en derechos de autor y, por recomendación suya, en septiembre de 2007 (un año más tarde de mi infortunado descubrimiento) inicié un primer proceso de reclamación e indemnización por intermedio de un abogado en Colombia, cuyo primer resultado fue que, mediante una comunicación del abogado representante de Anagrama, la editorial aceptaba que se trataba de mi traducción y que pagarían lo que valdría esta en 1999, más un ajuste. Como el documento no contemplaba una respuesta justa a mis reclamaciones como propietario de la traducción, enviamos una nueva reclamación que, en esencia y en palabras del abogado, solicitaba una respuesta a “la infracción a la propiedad intelectual y los perjuicios económicos derivados de la misma, al reproducir y distribuir comercialmente sin su autorización la traducción de su autoría citada en referencia, así como al utilizar su nombre sin su autorización dentro de la edición publicada por Editorial Anagrama S.A. ... que además es la única edición aún presente en el mercado, tanto de América Latina como en España... Igual o mayor gravedad aún reviste el hecho de haberse incluido el nombre de Julio Paredes como traductor del libro, y luego haber sido tapado con una tirilla de papel, pretendiendo atribuirle la autoría de dicha traducción a un tercero distinto del autor verdadero...”.

Para esa época, y por giros también de la casualidad, yo había coincidido con el director de la editorial en varios eventos culturales y editoriales en Bogotá y en un escenario aún más imprevisto en el Instituto Cervantes de Berlín, en junio de 2007, donde compartiríamos una agenda casi simultánea. Por razones que hoy en día no comprendo del todo, a pesar de tenerlo a unos pasos, evité cualquier acercamiento para mencionar el tema. Supongo que sería una situación “violenta”, como dicen en España, que llevaría a un vértice desfavorable para mis futuros y posibles intereses de reclamación. Además, había enviado con

anterioridad otras cartas solicitándole un encuentro, pero, como siempre, estas quedaron sin respuesta.

En mi regreso de Berlín aproveché la oportunidad para hacer escala en Barcelona y visitar la editorial. Llevaba desde Bogotá, por supuesto, los ejemplares marcados de las dos versiones, prueba irrefutable de que se trataba de algo más que un simple malentendido o un “desliz” técnico en la diagramación del libro. A pesar de un testimonio visual, la editorial aún seguía manteniéndose en la veracidad de una traducción propia y no mi versión maquillada. Para ese momento yo había terminado la traducción de una extensa biografía de Primo Levi escrita por Ian Thomson, publicada por la editorial Belacqua en Barcelona. En ese caso, la editora me había enviado una carta donde establecía que la versión pasaría por una revisión de algunos de los modismos y de los términos para “adecuar” el texto a los lectores peninsulares. Caí en cuenta entonces de que la versión de Anagrama parecía, en efecto, un texto que hubiera sido revisado para cumplir con esta misma expectativa, pues, de hecho, muchos de los párrafos en la versión de Anagrama no coincidían de manera literal con los de Norma.

Finalmente, en febrero de 2008, y en vista de que no había manera de encontrar un acuerdo justo y que se correspondiera a mis derechos de autor, tomé la decisión de escribir a la agencia dueña de los derechos de traducción de las obras de Oliver Sacks. En una respuesta a tanto melancólica aunque casi inmediata, la agencia contestó que no podían hacer nada al respecto, pero que mencionarían el asunto a la editorial. Como una especie de detonante en negativo, una implosión, el abogado de Anagrama pidió ponerse en contacto conmigo por teléfono. Así, en noviembre de 2008 me llamó y, palabras más, palabras menos, me comunicaba que el director estaba muy molesto por lo que había sucedido con la agencia de Oliver Sacks, que cerraba todo contacto y posible arreglo (si acaso me reconocerían dos mil euros) y que, si aceptaba, debía firmar un papel comprometiéndome a no hablar del caso. Como la sugerencia me sonaba a una mezcla entre amenaza y burla, le solicité al abogado que me enviara esta “propuesta” por escrito para estudiarla con calma. No recuerdo si me contestó algo en ese momento, pero, obviamente el documento nunca llegó y, claro, de esta conversación telefónica no quedó ningún registro.

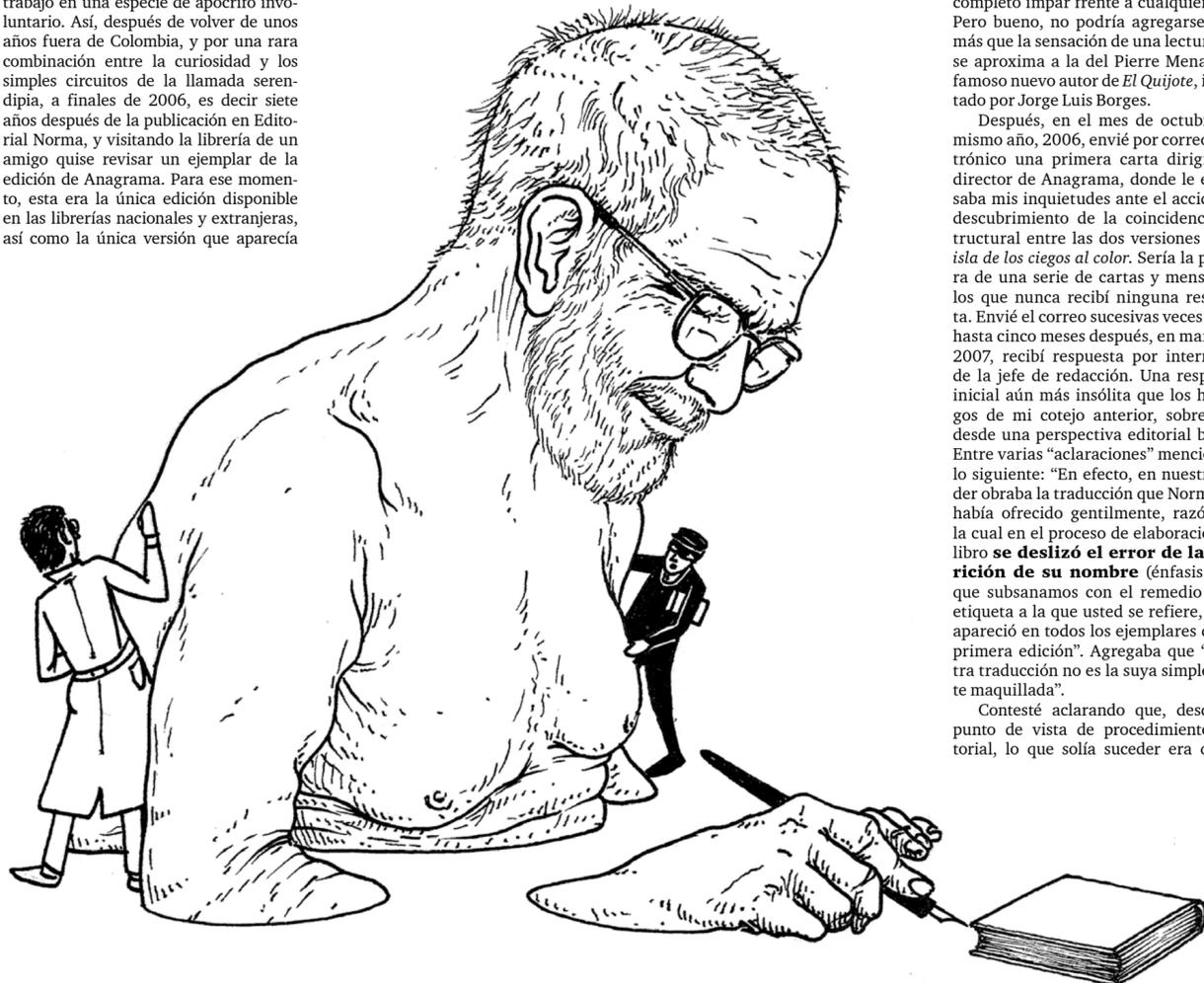
Y hasta ahí llegó la historia de los diez años de reclamaciones. Un final que, con el paso de los años, me ha hecho pensar en que (parafraseando una línea del escritor argentino Tomás Eloy Martínez) en toda traducción hay una traición. Engaño o falsía que, en casos

como este, no solo tienen que ver con el “traslado” de un original a una lengua extraña, sino con el uso olímpico de otro original. Recordemos que la traducción también guarda un fuerte sesgo colonial. Quizás el hecho más singular en este escenario sea la chapuza con la que Anagrama quiso remediar la errata “involuntaria”. Es inevitable soltar una sonrisa. Un desuido que años más tarde, y como en un juego de espejos, me sucedió con otro editor aquí en Colombia quien, por el contrario, olvidó poner mi nombre en la portadilla de una traducción de un libro de Thomas Cahill. En fin. Como suele afirmarse, en el universo editorial abundan los fantasmas y los espíritus burlones.

El libro y la versión de Anagrama se ha seguido editando y reimprimiendo. Hace poco, en la Feria del Libro de Guadalajara, encontré los nuevos ejemplares limpios, sin rastros de la tirita de papel. En un último esfuerzo, resultado más de una inercia sin ningún ánimo por encontrar una respuesta que no fuera condescendiente ni cínica, escribí esa misma noche un correo a la editorial italiana Feltrinelli que, según me enteré, había adquirido las acciones de Anagrama. Palabras que como las que alguna vez traduje de *La tempestad*, no causaron ningún efecto y, por lo tanto, ningún “daño”, excepto a quien las tradujo.

Quienes traducen libros saben que esta profesión, o este oficio, adolece de un reconocimiento a medias, secundario, y, por encima de todo, no muy bien pago, si se tiene en cuenta la relación inversamente proporcional entre el tiempo destinado a investigar, corregir y reescribir el y el saldo final a favor de quien traduce. Si agregamos la variable de los derechos de autor, el asunto adquiere una dimensión casi ontológica, pues habría que sumergirse en una discusión sobre la “obra original” frente a la “obra derivada”, o a la “versión”, que no sería esta última, por esencia, una obra propia, escrita y firmada por un nombre concreto, dueño y señor del manuscrito final. Por otro lado, se trata de un oficio que se sostiene sobre una paradoja incierta: ser una especie de sombra sin lenguaje propio y sin embargo con eventual prestigio.

En mi experiencia como traductor, después de veinte títulos, entre ficción y ensayo, y a lo largo de veinte años, quizás el asunto más desconcertante a la hora de entender una fenomenología del traductor ha sido el de la condición de ser alguien que *escribe* en y desde la sombra. Un *ghost writer*, para decirlo en una de las acepciones del término. Y no lo afirmo en un sentido meramente teórico, pues mi nombre y, por encima de todo, mi trabajo con una de las traducciones más complejas en las que he trabajado, quedaron en la definitiva penumbra y sin ningún reconocimiento. ☹



La isla de los ciegos  
al color  
y la isla de las cicas

Traducción de Julio Paredes C.

**CAMPESINO AL DOBLE**

**LO JUSTO SABE MÁS BUENO**

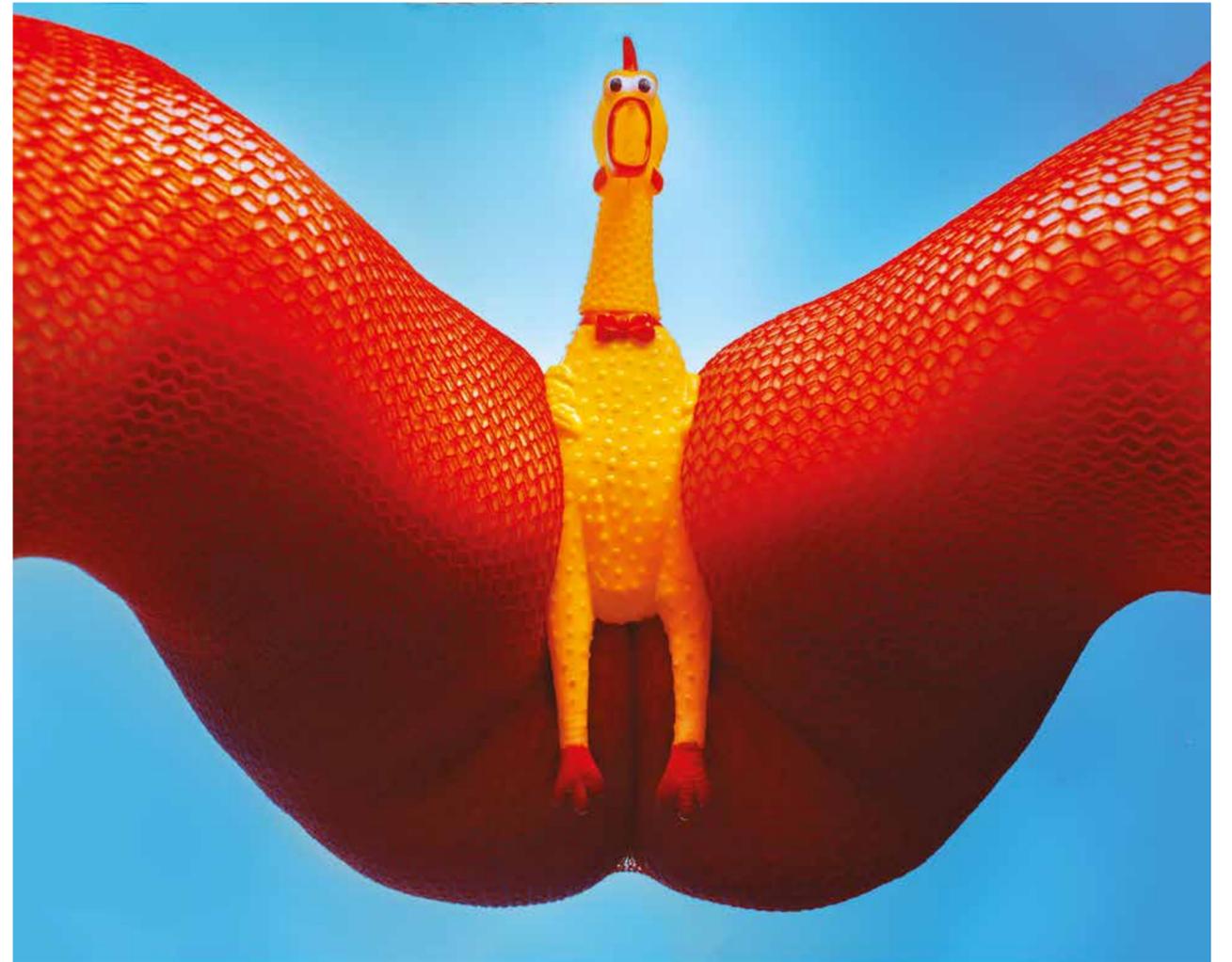
Cafés Especiales para Tienda de café y Hogar  
whatsapp 316 6681182 - maxicafemedellin@gmail.com

**Boston Bar Café**  
Cra 42 con Cll 54 • Caracas con Córdoba  
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas



Paola Rojas  
**Sin título**  
Fotografía digital  
2018



Paola Rojas  
**El gallo/clitoris**  
Fotografía digital  
2018

Un diccionario de costumbres, miedos, remedios, placebos y atrevimientos. Letras capitulares para leer pensando todo el tiempo, caminando en zigzag como dicen acostumbran los filósofos. Una pequeña biografía letra a letra. Elegimos cinco entradas de un abecedario personal. Algo más que un análisis grafológico.

# Días de inercia



Quiero, pero no puedo. No es por pereza ni por elogiar la quietud, tampoco es pesimismo ni desesperanza. No siento impotencia, no es por terquedad, no me falta carácter ni voluntad. No es que prefiera el reposo o que me pueda la carencia, no es ausencia ni impotencia. No me faltan motivaciones ni personas que me alienten. No es gadejo, no aspiro a la condescendencia. No es reticencia ni capricho, no carezco de creatividad. No es falta de disciplina ni excesos ni malos hábitos. No es que no trate, me sobran intenciones, no es que quiera pensarlo demasiado. No es inconsciencia ni ignorancia, sé justo lo que debo hacer. No es por sibarita ni por diletante ni por gracia del *dolce far niente*. No es por falta de ocupaciones, no es exceso de rutinas ni ausencia de ellas. No es por gusto, ni siquiera por elección, no es por regodearme ni por vanidad. No tengo grandes expectativas, mas no carezco de ambiciones. No es baja autoestima ni desconfianza, no es que me puedan los miedos. No tengo mis reservas, no ando en busca de placebos, no es que crea demasiado en los milagros. No es mala suerte, no es mal de ojo, no es que me entregue a la superstición. No es por encierro ni por rechazar ayudas, no es que no hable lo suficientemente fuerte. No es renuncia ni privilegio, no es delicadeza o flojera a secas. No es estrechez mental, no me faltan aspiraciones, no se trata —simplemente— de no tenerme fe. No es que me abandone ni que me pueda la nostalgia, sé hallar regocijo en los éxitos pasados. Sigo las recetas, no me salto medicinas, no se trata de pedirme demasiado. No es temor al qué dirán, no es por vergüenza ni por timidez. No es por creer en Marte retrógrado, no me obsesiona la fatalidad, no es incapacidad de ver todo lo bueno. No es por repetir la historia ni por confiar en el determinismo, no es que me entregue al azar o que prefiera el destino. No es por justificarme ni por evadirme, no espero salvadores ni máscaras de oxígeno. No preciso razones para convencerme, no es la palabra de otros contra la mía. La inercia es otra cosa. No se puede caminar hasta una isla. No hay manera de trazar caminos para quien no tiene cómo recorrerlos.



Los demás quieren que luchemos. Aun cuando el peso parezca demasiado y la corriente adversa y la marea alta. Aun cuando no sepamos nadar o, incluso sabiendo, los músculos se nieguen a responder el teléfono roto de los impulsos nerviosos. Los demás nos piden encarecidamente que luchemos. Las redes se llenan de superhumanos que combaten las enfermedades, de una nueva raza que no se identifica con los diagnósticos y que hace de la fe un arma potente que se alimenta de rituales cotidianos. Hay que mantenerse a flote, hay que resistir a toda costa. No puedes permitirme el privilegio del egoísmo: vivir no es un acto hedonista. Abandonarse es cortar la foto, negarse a los demás (esos mismos que te piden que luches como sea). Cuestionar la lucha a menudo es una ofensa. ¿Quién eres tú para despreciar las salidas que de buena voluntad te presentamos? ¿Quién eres, acaso, para cuestionar el sentido de la lucha? Salvador Benesdra comienza *El Camino Total* diciendo que la depresión solo se combate cediendo a ella, “dejándose invadir con libertad absoluta por la sensación del derrumbe”. También decía, ya no en el libro, que los extraterrestres vendrían a robarse un obelisco en Buenos Aires. Tiempo después (de una cosa y de la otra) se lanzaría por la ventana de su apartamento. A pesar del desenlace y de los delirios, Benesdra creía en la necesidad de mantenerse a flote (no desde el pataleo propio del instinto de supervivencia, sino desde la naturalidad del Principio de Arquímedes). Hace poco, en medio de una charla, me preguntaron qué me pediría si fuera mi propio dios tutelar. Lucidez y voluntad, dije. La lucidez es la virtud de la conciencia. Me pregunto si la lucha no es un recurso mecánico, la burda terquedad de persistir en el mundo. Me pregunto por los límites del fluir y su vecindad con el peligroso autoabandono. Puedes saltar por la ventana, derrotado y eufórico o persistir mediante juegos para entretener la mente. Poco me importan las acciones tanto como sus sentidos y para mí el sentido se revela cuando puedes ver. No quiero fuerza ni un rosario de motivaciones. Todas las noches, frente a mi imagen bendecida, pido entre oraciones poder ver.



De niña tuve dos miedos irreconciliables: oscuridad y fuego. A menudo me dejaban sola en casa y a menudo se iba la luz. Quise combatir el miedo a la oscuridad bordeando el miedo al fuego. Nunca pude, era incapaz de encender un fósforo. ¿Cómo se hace si no es tomando su cabeza para que roce la superficie rugosa de la caja? ¿Cómo se hace si no es dejando que el dedo que la toma toque el fuego por un segundo? ¿Cómo se vence el miedo si no es adentrándose al miedo mismo? ¿Cómo resistir a la oscuridad sin permitir que la luz amenace? ¿Cómo esquivar la amenaza sin dejarse invadir por la ausencia de luz? La oscuridad, por su parte, me petrificaba. Afuera todo se movía con una voluntad desconocida: las sombras, los reflejos, los objetos habitualmente inertes. Todo menos yo. Incluso mi respiración se convertía en una entidad ajena y al acecho. Mi cuerpo no lograba responder a ningún dictado mental en parte porque mi mente también se paralizaba. La oscuridad lo invadía todo, como si robara de mí el movimiento para otorgárselo a aquello acostumbrado al reposo. La madera crujía, los muebles rechinaban, mi propia sombra caminaba más allá de mí. Pierre Soulages lo llamaría la negación del negro, la luz secreta; la oscuridad que es capaz de iluminarlo todo por gracia de quien la absorbe. De alguna manera, en mi parálisis, me entregaba a ella. Tal vez el movimiento me convertía en amenaza, tal vez solo trataba de ser amable con esos que desde su quietud cotidiana me observaban. Tal vez creía que estando inmóvil nada se acercaría lo suficiente. Pienso en ese tipo de oscuridad a la que ya no temo. Logro moverme en ella y mi sombra conmigo; los objetos responden a las leyes de la física. Pienso en otro tipo de oscuridad que aún me asusta: una que viene de mí y que evito (con la pirotecnia de las ocupaciones, con compañías que encandilan). Un día soñé a Pessoa decir “escribe de espaldas a la ventana”. Tal vez para que mi sombra se proyectara de frente y, como Soulages, viera la claridad que de ella emana (la luz pictórica cuyo poder emocional animaba su deseo de pintar). Lo dijo Chirinos, el poeta: “el exceso de luz oscurece / cuidate del brillo cuando estés solo y sin luz”.

por LIZETH LEÓN

Ilustraciones por la autora



A diario veo imágenes del amor: amores nuevos y gastados, amores que ignoran su propio tiempo. Todos brillan, sin embargo. En todos reside la promesa del antídoto efectivo. Solo quienes quieren ser salvados se entregan al amor, porque en la entrega está la convicción del kamikaze: ese coctel de fe y de voluntad que no se rinde al miedo. En los momentos de parálisis carezco de amor. Hace falta fe para prescindir de evidencias; hace falta voluntad para que la acción se transforme en sentido. No sé cómo reparar el mecanismo. El amor es una voz activa que funciona por la gracia misma del querer. Dice Joan Didion: “Si tienes ese sentido del valor intrínseco de ti mismo que constituye el amor propio, se puede decir que potencialmente no te falta nada: ni la capacidad de discernir ni la de amar ni de la permanecer indiferente”. La depresión es exactamente eso: incapacidad de discernir y de amar; el reino de la indiferencia. Las mañanas bajo las cobijas se hacen largas, el cuerpo no logra sostener su propio peso. Todos los vasos cargan una tormenta, la piel se hincha, el espejo deja de darnos bendiciones. Nos negamos a responder las llamadas para no escuchar la propia voz, todos los mensajes traen la obligación de dar explicaciones. Una conversación simple se transforma en ahogo, el tiempo libre toma la forma del vacío. Todo ocurre afuera, menos en nosotros; los planes siempre están del otro lado. Dejamos de hacer parte de la foto, los consejos nos ofenden, el afecto nos abrumba. Todo duele, el cuerpo duele, nunca antes nos sentimos tan vivos. La vanidad nos abandona, el estilo se vuelve en nuestra contra. La cotidianidad se llena de victorias épicas: levantarse por fin, pagar las facturas, lavar los platos. El futuro es un hueco en el pecho capaz de invocar el llanto. Las horas son un cúmulo de enajenación: en frente la barra de texto titila, en la calle pasan rostros que son tan solo manchas. Nos preguntamos a diario si saldremos, si es posible reparar el mecanismo. Buscamos en nosotros el amor justo como el perro que se muerde la cola.



Me avergüenzan las autofotos en lugares públicos. Me avergüenzan porque subrayan la soledad ante los otros, porque la maquillan para capturarla, porque vuelven profano un ritual privado: el de farsear los gestos hasta la conformidad del resultado. Muchas veces me he preguntado si en verdad soy tan bella como en mis mejores fotos o tan poco como en aquellas que no publico. Y me lo pregunto del mismo modo en que cuestiono o creo en mi talento para escribir, o en la voluntad de salir de la parálisis (salir, como si la depresión fuera la decisión de entrar). Todos los caminos conducen al yo: el psicoanálisis, las drogas, la meditación, el amor, el suicidio, la ira, Internet, el sexo, la metafísica, los viajes, la superstición, los oficios, la depresión, los antidotos, los placebos, la duda, la política, la muerte, la religión, los diarios, las rutinas, la ciencia, la moral, las fotografías. Pretendo el yo, lo busco, lo exprimo, lo atravieso, lo proyecto, lo divido, lo contemplo, lo evado, lo quiebro, le huyo, lo reflejo, lo anticipo, lo cuestiono, pero nunca lo capturo, nunca se me abre. El lenguaje se repliega sobre el yo, se materializa en la primera persona del singular. El dolor solo existe ahora y en nosotros, y cuando digo nosotros me refiero a mí misma. La nostalgia puede ser solo una forma irracional de negarse a la ausencia en el pasado ajeno, así como la felicidad es el lobo con piel de oveja en el universo de la convivencia. Anhelamos el amor porque queremos sentirnos menos solos, aunque seamos incapaces de comprenderlo. Somos átomos que se juntan para pretender la sensación de solidez. Todas las creencias y explicaciones son la afirmación de una misma patología: la enfermedad del yo. En Argentina hay 198 psicólogos por cada cien mil habitantes y en la capital casi cualquiera tiene terapeuta como si fuese un tótem personal. Yo misma me he escuchado decir *mi* terapeuta en frases íntimas que revelo a los amigos. Quizás el posesivo sea la forma pública de asumirlo, aunque se parezca al acto de tomarse una foto mientras los vecinos contemplan con morbo la falsedad del momento. ©

CURSOS BARISTA  
Y APERTURA TIENDA CAFÉ

Info: whatsapp 316 6681182 - maxicafeamedellin@gmail.com



Construimos Sitios Web  
para móviles y Apps

Piensa  
hacia donde  
diriges tu  
estrategia...

Cohete.net



# Manos de diamante

por ANDRÉS FELIPE SOLANO

Ilustraciones: Hansel Obando

No es que haya olvidado su cara, es que su cara cambia a diario en mi cabeza. Es como lava de un volcán en constante erupción que no consigue una forma definitiva. Un día, una gruesa franja de pelo que se extiende por encima de sus ojos prevalece sobre los demás rasgos. Al siguiente, un hocico de babuino. Ayer me pareció que su cara era hermosa, fuerte y a la vez triste, como la de un actor olvidado hace largo tiempo.

Nos conocimos una noche hace siete años a bordo de un ferri que cubría la ruta entre Busan y Osaka y nunca volvimos a vernos. Aun así le debo todo lo que soy. Sin Park Bong todavía estaría tirado en la playa cerca del puerto a donde van los marineros rusos a pasar sus tardes libres. Un parasol con varillas de metal oxidadas, una lata grande de cerveza, una caja de pollo frito y yo mirando a esos hombres, algunos panzones, otros con cuerpos llenos de cicatrices, la mayoría calvos. En mis recorridos por las cercanías del puerto había encontrado los restos de sus noches tirados al lado de las inmensas bodegas donde se almacena el pescado o amontonados frente al Billar Madonna o al Bar Lolita, donde se refugiaban aquellos marineros después de la caída del sol. Park Bong debía deambular por los mismos sitios, las mismas calles, pero mi destino era conocerlo a bordo del Panstar Honey.

Mi esposa se había ganado un viaje a Osaka para dos en un sorteo de una compañía de teléfonos celulares. El premio no cubría el alojamiento ni la comida pero yo tenía un deseo imperioso de conocer aquella ciudad. Por ese entonces no teníamos mucha plata en el banco, casi nada, así que no fue una decisión fácil de tomar. Le prometí que escribiría un artículo sobre la vida nocturna del distrito de Umeda para una revista de viajes y así recuperaríamos el dinero. Ella también quería ir a Japón, necesitaba unos días de descanso. Trabajaba en el Festival de Cine de Busan como asistente de una programadora mientras yo vagabundaba durante el verano por la playa con la excusa de estar recolectando información para una novela. En los meses fríos me refugiaba en una biblioteca pública. Fue en aquel lugar donde las ganas de ir a Osaka se incubaron en mí como la malaria. Una de esas tardes encontré una antología de ensayos en inglés sobre literatura japonesa. La mayoría eran aburridos salvo uno, que leí tres veces. Hablaba sobre la escuela de los buraiha. “Un grupo de escritores que abrazaron el alcohol, las drogas, el sexo y una vida llena excesos como respuesta a la crisis de identidad que sufrió Japón durante y después de la Segunda Guerra Mundial”, así los presentaba el autor al principio del ensayo. Los buraiha eran los disolutos, los rufianes, los libertinos de la literatura japonesa. Una de las cabezas de esta “escuela de la decadencia” fue Sakunosuke Oda.

El viaje en ferri me permitiría conocer la ciudad donde nació Oda. Una vez en Osaka tenía un plan muy simple, me llenaría la panza de alcohol en memoria de los buraiha y trataría de convencer a mi esposa de que hiciéramos un trío con una chica japonesa. Ese sería el homenaje más grande a la escuela de los decadentes y mi humilde tributo a la mejora de las relaciones diplomáticas entre Corea y Japón, siempre tan tensas como la cuerda de un arpa. Mis intenciones cambiaron tan pronto entré en contacto con Park Bong. Al final de la noche en que nos conocimos me convertí en un autor de novelas policíacas. Hasta ahora he publicado un solo libro pero ha tenido gran éxito. Se llama *Manos de diamante* y su protagonista es un detective con una cara difícil de recordar. En otras palabras, un perfecto impostor.

Ayer, mientras me cortaba los pelos de la nariz frente al espejo después de pasar parte de la mañana leyendo un cuento, recordé una vez más el incidente que desencadenó mi encuentro con Park Bong. De no ser por el carácter olvidadizo de mi esposa quizás no habría hablado nunca con él. Mi mujer dejó

nuestra cámara fotográfica en el asiento trasero del taxi que nos llevó al puerto, lo que desembocó en una agria pelea sin que el Panstar Honey siquiera hubiera zarpado. Discutimos media hora hasta que decidí que lo mejor era separarnos por un rato o de lo contrario alguno terminaría arrojado por la borda. Al despedirme le dije que estaría en el sauna. El barco también contaba con un restaurante que servía de salón principal, un bar, una tienda de regalos y un supermercado pequeño, eso decía el folleto que nos habían entregado al registrarnos.

Me quité la ropa y la guardé en un casillero. Al entrar a la zona húmeda vi a un viejo que se estaba sacando los últimos restos de jabón. Al fondo, en una pequeña piscina con ventanas que daban al mar, había otro hombre con una toalla ocultándole la cara. Parecía dormido. Fui hasta la piscina y entré en el agua con cuidado, no quería despertarlo y recibir una mirada de reproche. El viejo terminó de bañarse, cerró la ducha y caminó a los casilleros soltó un ruido asqueroso. Había escupido en un lavamanos como si tuviera enfisema y con ese solo gargajo quisiera sacar toda la porquería de su cuerpo moribundo.

—Odio ese sonido. Lo odio. Maldito hijo de puta —dijo el hombre a mi lado en un inglés perfecto.

—Yo también lo odio —respondí en voz baja, como para mí mismo.

El hombre se quitó la toalla de la cara, se sumergió en la piscina por dos segundos, salió de nuevo a la superficie y después de secarse me habló ceremonioso.

—No quisiera ser indiscreto pero, ¿le puedo preguntar de dónde es?

—Soy de Colombia —respondí sin ganas, pensando que el hombre no tendría ni la más remota idea de dónde quedaba el país donde nació.

—¡Ah, qué bien! Conozco a alguien que vive en Colombia. Tiene una academia de taekwondo. Su apellido es Moon... El maestro Moon. Pero en realidad se dedica a otra cosa, digamos que a un oficio un poco pasado de moda.

No me dio tiempo de preguntarle en qué trabajaba su conocio. Cuando terminó la frase se acercó y me extendió la mano después de secarla muy bien con la toalla. Se presentó con su nombre completo. Tenía tres componentes pero solo recuerdo los dos primeros, Park Bong. Cuando se lo mencioné a mi esposa tiempo después me dijo que no tenía ningún sentido, en Corea nadie se llamaba Park Bong. Era totalmente absurdo.

A su vez él malentendió mi nombre, ya que durante las ocasiones en que nos vimos a lo largo de esa noche insistió en llamarme Andrea en lugar de Andrés. Le conté que era escritor y que era la primera vez que iba a Japón. Tenía en mente escribir una novela corta y afilada al mejor estilo de los buraiha. Mencioné a Oda y su relación con Osaka, su muerte a causa de una hemorragia, no sé muy bien por qué. Supongo que estaba nervioso. Hacía un buen tiempo que no hablaba con nadie diferente a mi esposa. Pensé que aquel hombre no tendría ni idea de los decadentes, los disolutos, los libertinos de la literatura japonesa, pero lo había subestimado de nuevo.

—Claro, sé quiénes son. Antes yo traía cosas de Japón por encargo. Libros, películas, mangas, videojuegos. Alguna vez un profesor de la Universidad Nacional de Seúl me pidió un par de libros de Oda. No sé si usted sepa, pero hasta hace unos años traer todas esas cosas a Corea desde Japón era ilegal.

Aparte de contarme en pocas palabras que fue un contrabandista, durante nuestra primera charla Park Bong mencionó algunas otras cosas sobre su vida, entre ellas que se la había pasado entre Corea y Japón desde pequeño. De hecho aprendió inglés muy joven cerca de una base militar de Estados Unidos en Jinhae y lo perfeccionó en otra base norteamericana en Sasebo. Ante mi creciente interés me dijo:

—Le puedo seguir hablando de mí pero antes tenemos que hacer un trato.

Me quedé pensando, envuelto en el vapor, luego de que Park Bong me explicara brevemente su propuesta. El sol se había empezado a ocultar. Por la ventana se podía ver un mar color plomo. Uno de los adolescentes que hacía parte de una numerosa excursión de estudiantes a bordo se dio una ducha rápida y se dirigió a nuestra piscina. Supe que debía darle a Park Bong una respuesta. Él no seguiría hablando frente a otra persona. Le dije que sí, que lo haría, que estaba de acuerdo. Park Bong asintió y salió del agua casi al mismo tiempo que el joven se metía. Alcancé a detallar su cuerpo desnudo. Tenía una panza naciente pero sus brazos y piernas eran los de un luchador profesional. Desde ese entonces en mi cabeza sus múltiples caras siempre aparecen atadas a aquel cuerpo incorruptible.

Durante la cena arreglé las cosas con mi esposa mientras tomábamos una sopa de pescado. Muy pronto se puso de buen humor a pesar de que yo no dije casi nada, estaba preso de la honda impresión que había dejado Park Bong en mí. Era como si el gran Toshiro Mifune hubiera salido de una pantalla de cine y me hubiera hablado. Sus cejas y su quijada eran las mismas. Aquel hombre había dejado un papelito en mi casillero del sauna en el que me citaba a las once de la noche en la barra del bar. Contaba los minutos para mi nuevo encuentro con él.

Al terminar la comida le dije a mi mujer que me dormiría temprano, no quería estar cansado durante nuestro primer día en Osaka. Ella estuvo de acuerdo. Nos despedimos con un corto beso en un pasillo. Estábamos en camarotes separados, el tiquete que nos habíamos ganado en el sorteo era clase B, lo que significaba compartir habitación con otros hombres y mujeres. La clase C consistía en un gran salón para cuarenta personas con futones para dormir sobre el suelo y la Clase A, a la que tratamos de cambiarnos cuando nos registramos, estaba compuesta por camarotes individuales o dobles.

Park Bong llegó a nuestra cita con quince minutos de retraso. Me costó reconocerlo vestido, llevaba una chaqueta vino tinto de cuero. No se puso con rodeos, apenas se sentó me explicó que el hombre al que yo debía seguir lo conocía muy bien, por eso necesitaba de mi ayuda. Había pasado tres meses tras él pero nunca a menos de veinte metros de distancia y temía que lo descubriera a bordo del ferri.

—Estoy seguro de que podría reconocer mi olor. Trabajamos juntos, fuimos parte de la misma oficina por quince años. Nuestros escritorios estaban uno al lado del otro —dijo mientras le pedía al barman dos cervezas.

Durante nuestra conversación en el sauna, Park Bong me dijo que había trabajado en una dependencia de la Agencia de Seguridad Nacional de Corea que se encargaba de la censura de películas. Había visto miles de largometrajes en los años setenta. Los tenía que calificar con puntos de uno a cinco de acuerdo a un cuadro establecido por sus jefes: propaganda comunista, desestabilización del gobierno, atentado a la moral, consumo de drogas y lenguaje inapropiado. Si una cinta coreana era clasificada con cinco puntos, Park Bong tenía que pegarse a la espalda del director de la película como una ventosa y escribir un reporte semanal. Mientras tomábamos unas Kirin heladas lo presioné con cautela para que me siguiera hablando de su pasado. No se resistió. Luego de trabajar en el servicio secreto y hacer carrera como contrabandista entre Corea y Japón, Park Bong había abierto una oficina de detectives cerca del puerto de Busan, pero lo verdaderamente extraordinario en su vida, según él, era la relación que lo amarraba a su secretaria.

Mi recompensa por seguir a su antiguo compañero hasta el supermercado del ferri, ver su mano derecha y contar el número de pétalos de la flor que llevaba tatuada en el dorso cuando fuera a pagar era contarme todo sobre Yuri Kawahara y ese vínculo que él mismo había calificado como un verdadero misterio de la naturaleza.

—No tiene nada que ver con un vulgar asunto amoroso. Vale la pena que se lo cuente, no se arrepentirá —dijo sonriente.

Poco antes de la una de la mañana Park Bong pagó por las cervezas y me mostró el camarote del hombre. Pertenecía a la clase A. Tiene hábitos alimenticios muy extraños, es como si su estómago estuviera en otro huso horario, siempre almuerza a las cinco de la tarde y cena a las tres de la mañana, me contó. A esa hora saldría de su habitación e iría al supermercado a comprar unos fideos instantáneos. Yo ya sabía qué hacer.

—Nos vemos a las tres y media en la cubierta, cerca de las mesas de ping pong —dijo Park Bong y se fue con las manos dentro de su chaqueta de cuero.

Deambulé un rato por los pasillos del barco hasta que decidí asomarme al salón principal atraído por unos estruendosos gritos y aplausos. Dos docenas de estudiantes miraban bailar la danza de los siete velos a una de las camareras rusas que nos había saludado cuando entramos al barco. Por las fotos del cartel en la entrada del salón, me enteré de que cantaría otra de ellas, de nombre Irina. El espectáculo lo cerraría un mago que también hacía las veces de recepcionista. Todo fue largo e insoportable. Irina desafinó varias veces embutida en un vestido recubierto de canutillos azules y al mago le temblaron las manos. Parecía estar más nervioso que yo.

Al terminar el show la mayoría se fue a dormir. Al lado de mi mesa una pareja de hombres estaban

bastante borrachos. Uno de ellos pidió una segunda botella de whisky mientras yo veía por un gran ventanal las luces de algunas ciudades costeras. A esa hora ya nos habíamos alejado del todo de la península coreana y empezábamos a transitar por el mar interior de Japón. Por la ventana desfilaron hoteles recubiertos de flores de neón como si fueran enormes tortas de pastillaje y una rueda de Chicago. El agua negra lamía los costados del barco. Antes de pararme me quedé largo rato mirando un globo de helio que había usado el mago en su función. Estaba en una esquina del techo. Así se fue el tiempo hasta que llegó la hora de cumplir con mi encargo.

El hombre salió de su camarote a las tres de la mañana pero no fue directamente al supermercado,



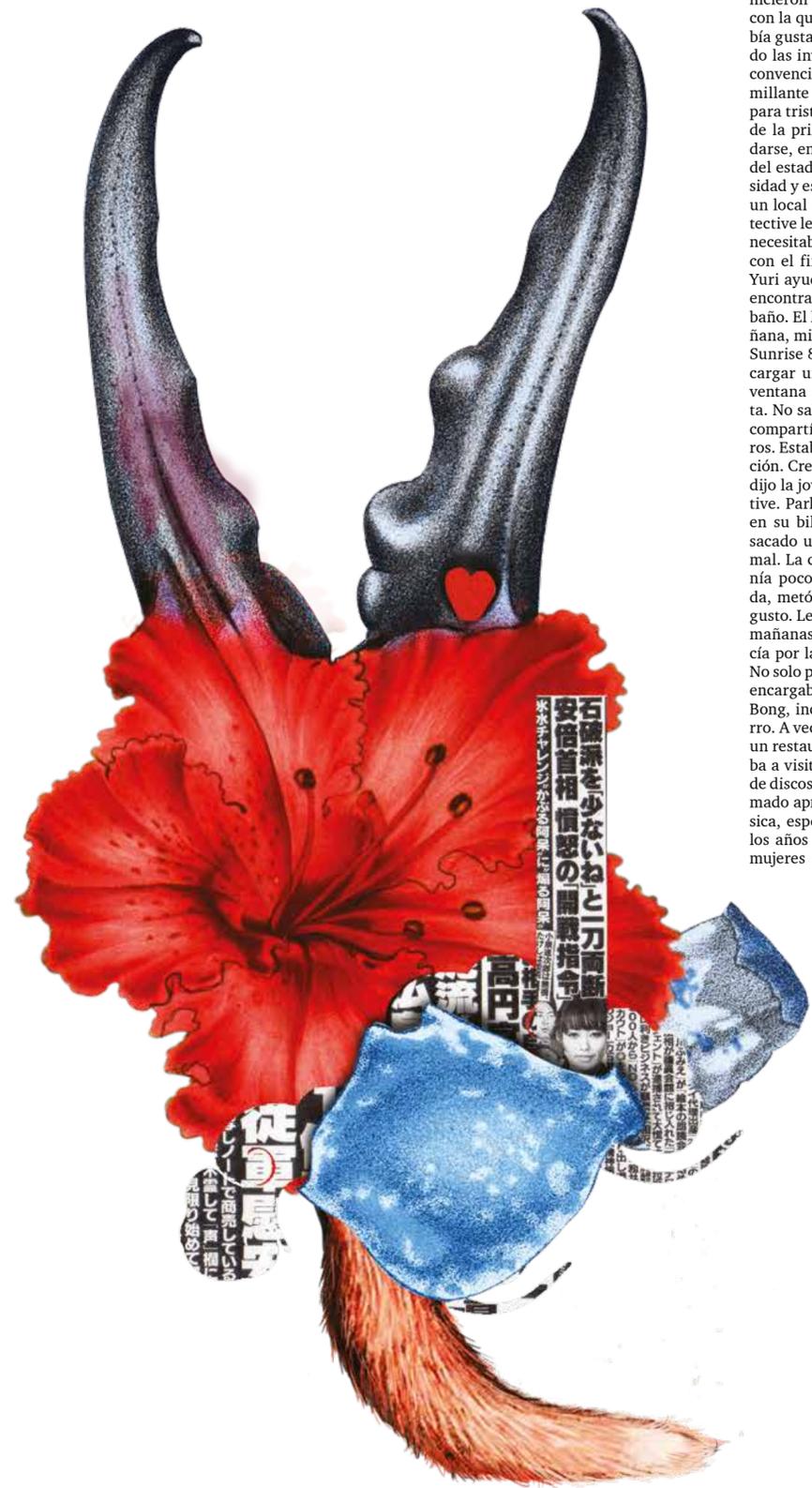
como había predicho Park Bong. En cambio se dirigió a la cubierta. Lo seguí de lejos. Un torrente inusual de sangre invadió todas las cavidades de mi corazón y sentí como si se expandiera hasta alcanzar dos veces su tamaño normal. Me camuflé entre algunos adolescentes que deambulaban como cardúmenes de peces con sus teléfonos móviles en la mano. El hombre se sentó en una de las bancas que estaba cerca de los motores. Yo me recosté sobre una barandilla, de cara al vacío, a la espesura de la noche. A los cinco minutos se paró y fue hasta Irina, que había regresado a su uniforme y fumaba en una esquina. Le pidió un encendedor. Ambos se

quedaron frente a frente fumando por unos segundos sin decirse nada.  
Me alejé, no podía estar cerca por tanto tiempo sin despertar sospechas, así que bajé hasta el salón principal. En todo caso mi objetivo tendría que pasar por ahí rumbo al supermercado. Jugué mis cartas lo mejor que pude, ya convertido en un aprendiz de detective.  
\*\*\*

Si bien agregué muchas cosas a la vida de Park Bong cuando lo convertí en el protagonista de *Manos de diamante*, entre ellas que se había tenido que esconder un año en un monasterio budista,

también opté por transcribir otras exactamente como me las contó esa noche. Al poco tiempo de haberse publicado la novela varios lectores me escribieron al respecto. Algunos mencionaban que lo que más les gustaba del libro era la sorprendente técnica que el detective y su secretaria usaban para resolver los casos más complicados. La técnica, si es que se le puede llamar así, fue una de las cosas que escribí tal cual me la relató Park Bong al final de esa noche en la cubierta del ferri.  
\*\*\*

Yuri Kawahara y Park Bong se conocieron un domingo en un partido de béisbol. Como siempre, el equipo de Busan perdía. Los insultos de los aficionados iban y venían pero los de Park Bong, que había ido solo al estadio, eran tan disparatados que hicieron reír un par de veces a Yuri y a la amiga con la que estaba. Desde el primer momento le había gustado la otra mujer, así que al final del partido las invitó a unas cervezas y a comer pollo. Las convenció diciéndoles que necesitaban sufrir la humillante actuación del equipo en compañía, pero para tristeza de Park Bong la amiga se fue después de la primera jarra de cerveza. Yuri decidió quedarse, en todo caso vivía con su madre muy cerca del estadio. Le contó que había acabado la universidad y estaba buscando trabajo, por ahora atendía un local de juegos matemáticos para niños. El detective le dijo que tenía una oficina y que a lo mejor necesitaba una asistente. Lo mencionó borracho con el fin de impresionarla. Al final de la noche Yuri ayudó a Park Bong a tomar un taxi, luego de encontrarlo dormido sobre la mesa al regresar del baño. El lunes siguiente, a eso de las diez de la mañana, mientras Park Bong tomaba una botellita de Sunrise 808 para combatir la resaca y miraba descargar un barco de bandera vietnamita desde la ventana que daba al puerto, Yuri tocó a su puerta. No sabía cómo había encontrado la oficina que compartía con una agencia que reclutaba marinos. Estaba seguro de que no le había dado la dirección. Creo que puedo ser de ayuda en su trabajo, le dijo la joven orgullosa de haber dado con el detective. Park Bong supuso que había metido la mano en su billetera mientras estaba dormido y había sacado una de sus tarjetas de presentación. Nada mal. La contrató ese mismo día a pesar de que tenía pocos clientes por esa época. Yuri era callada, metódica, quizás demasiado servicial para su gusto. Le tenía café negro y torticas de arroz en las mañanas o una sopa de pescado picante si aparecía por la tarde después de una larga borrachera. No solo pagaba los recibos de la oficina, también se encargaba de las cuentas del apartamento de Park Bong, incluso tenía al día los impuestos de su carro. A veces comían juntos el último día del mes en un restaurante de *sashimi* de atún, o lo acompañaba a visitar a un viejo amigo que tenía una tienda de discos usados. Lou, ese era su apodo, le había tomado aprecio a Yuri. La joven sabía mucho de música, especialmente de rock coreano y japonés de los años sesenta, algo muy poco común entre las mujeres de su edad. Una noche cualquiera Park



Bong la invitó a comer a su restaurante favorito. Estaba ansioso porque no conseguía resolver un caso y necesitaba despejar la cabeza. Frente a una Parrilla repleta de finas lonjas de tocino de cerdo, Yuri le contó un poco de su familia, de su padre japonés y su madre coreana. El padre había sido un cantante que había tenido cierto éxito en Osaka. Su versión de *Bésame mucho* se había vendido bien en los años setenta y estaba en muchos karaokes de la ciudad. Murió de un ataque cardíaco sobre el escenario y Yuri regresó con su madre a Busan. Nunca se había sentido cómoda en ninguno de los dos países, le confesó. La noche terminó en un motel cerca del puerto.  
\*\*\*

El hombre del tatuaje entró al supermercado y sin vacilar agarró unos *noodles* picantes, de la misma marca que yo comía en la playa las tardes en que no tenía nada que hacer. Fue hacia la caja registradora y lo seguí con el primer artículo que encontré a mano. En medio de los dos iba una señora gorda a la que me le adelanté para ponerme detrás del hombre. Había llegado el momento decisivo. Mis piernas iban de aquí para allá como edificios que se zarrandeaban en un terremoto. El hombre sacó su mano derecha del bolsillo y extendió un billete nuevo. Vi un pedazo de la flor. Era roja, parecía una azalea. Me acerqué lo que más pude y estiré el brazo hasta el mostrador para agarrar una chocolatina al lado de la caja registradora. Necesitaba un mejor ángulo mientras el tipo esperaba a que el cajero recibiera el billete. Por fin tuve la flor en mi campo de visión, descubierta por completo. Empecé a contar los pétalos, uno, dos, tres cuatro, cinco. En ese momento oí una voz a mi lado.  
—¿Qué haces despierto? ¿Por qué tienes una hebillita para el pelo en la mano?

Era mi esposa. La miré un segundo sobresaltado pero muy rápido volví a la mano del hombre. Ya no estaba. Había regresado a su bolsillo y nunca volvería a verla. No me acuerdo qué le dije a mi mujer pero salió del lugar indignada. Antes de regresar a su camarote el hombre me miró a los ojos. Sentí que mi cuerpo pasaba por una poderosa molidora que trituraba mi carne, mis tendones y hasta mis huesos. Estaba claro que era imposible seguirlo sin ser descubierto y en media hora tenía la última cita con Park Bong. No podía decirle que le había fallado pero sobre todo no podía quedarme sin saber el final de la historia entre él y su secretaria.  
\*\*\*

—¿Seguro? ¿Está completamente seguro de que la flor tenía seis pétalos?

—Sí, la vi muy rápido pero estoy seguro. Conté seis.  
—Hasta hace una semana tenía cinco. Qué extraño. Mierda, ahora todo se ha complicado. No había nadie en la cubierta. Pasamos debajo de un puente gigante y el frío de la madrugada nos envolvió. Park Bong sacó un cigarrillo y se quedó pensativo. Cuando terminó de fumar cumplió con lo prometido.  
—Esa noche iba a despedirla. No tenía sentido que malgastara su vida en la oficina, todavía era joven, podía conseguir un mejor trabajo. Además estaba comprometida aunque nunca veía a su novio. Casi todo el tiempo estaba conmigo. El caso en el que Park Bong había estado trabajando en esos meses tenía que ver con un estafador. Su cliente le había pagado un adelanto generoso y había estado muy cerca de resolver el misterio pero al final siempre le sobraba una pieza. Le contó todo a Yuri mientras tomaban *soju* y asaban trocitos de tocino de cerdo. Era rara la

vez que le revelaba detalles de los casos. Yuri solo se enteraba de ellos al archivar el expediente una vez estaban resueltos.

Park Bong no tenía pensado tener sexo con Yuri, me lo aseguró varias veces. La idea de ir a un motel había sido de ella. Supuso que estaba muy borracha y quería dormir. Su plan era quedarse en la tina hasta que Yuri cerrara los ojos y después tirarse en un sofá, pero al ver los pies de su secretaria su voluntad se quebró por completo. Eran preciosos, pequeños, como los de una estatua, llenos de eternidad, esas fueron las palabras que usó para describirmelos. Tenía los dedos proporcionados y las uñas pintadas de rojo sangre. Un simple detalle que desencadenó toda una ola de deseo en Park Bong. Soy un *podófilo*, me confesó con una risa amarga y sacó otro cigarrillo. Amo los pies de las mujeres. Cuando Park Bong iba una vez al mes a los burdeles de Texas Street en Busan o a los de Tobita Sinchi en Osaka, pedía que la prostituta le mostrara los pies antes de concretar algún arreglo. Los estudiaba como un botánico ante un posible descubrimiento y solo si le gustaban el arco, el talón y las plantas pagaba por una noche a su lado. Era extraño que sucediera, contadas veces había dado con unos pies perfectos. Aunque Yuri tenía unos pies dignos de adoración eso no fue lo que los resultó viendo.  
—Lo que sucedió está más allá de mi propia comprensión —me dijo.

Cuando llegó a este punto de la historia me miró con aquellos ojos desesperanzados. Entendí que hasta ese momento no le había contado a nadie su secreto. Algo en mí, algo que yo mismo desconozco, lo animó a contarme que en medio del orgasmo de esa primera noche Yuri gritó dos palabras totalmente inconexas sin darse cuenta. A la mañana siguiente todavía resonaban en la cabeza del detective. Las palabras habían sido: “Cangrejo azul”. Gracias a ellas Park Bong cerró el caso. Cangrejo era el apodo del dueño de una tienda de té famoso por recibir apuestas. Fue él quien planeó la estafa al cliente de Park Bong. Azul era el color del cajón donde encontró las pruebas que lo implicaban.

Durante el tiempo que Yuri trabajó en la oficina tuvieron sexo nueve veces para tratar de resolver los casos más complicados. Sin embargo, su secretaria no siempre fue capaz de revelar una frase o un número útiles. Solo podía hacerlo si Park Bong la llevaba a un éxtasis sexual supremo. Para eso tenía que emplearme a fondo y como podrá ver, ya no soy tan joven, me dijo. La última vez que tuvieron relaciones Yuri estaba casada.  
Cuando acabó de contarme la historia, el detective se retiró a una esquina y mandó un mensaje de texto desde su celular.  
—No he visto a Yuri hace dos años. Ahora vive en Osaka con su marido. Le acabo de pedir que nos encontremos una vez más. Necesito resolver este caso. Si lo hago me podré retirar del todo. Estoy haro de la oficina —fue lo último que le oí decir.  
\*\*\*

Esa misma noche tuve todo el argumento de *Manos de diamante*. Tomé notas en un cuaderno, alumbrado por la luz de la pantalla de mi celular. Exhausto, me prometí hablar con Park Bong una vez saliera el sol para decirle que no estaba seguro del número de pétalos que tenía la flor. Lo busqué por todos lados. No lo vi en el sauna ni en el supermercado ni en la cubierta. Golpeé en la cabina de mi esposa y le conté lo que había pasado esa noche. Le rogué que me ayudara a encontrarlo. Caminamos por el Panstar Honey de punta a punta pero no dimos con él por ninguna parte.

Cuando llegamos a Osaka fui a devolver la llave de mi camarote. Después de firmar un papel recibí una tarjetita de manos del mago de la noche anterior. “Nos vemos a la salida de inmigración. Solo hay una puerta. Le diré cómo llegar al Jijuken, el restaurante donde se reunía Oda con sus amigos escritores”. No la había firmado. En su lugar Park Bong dibujó un animal que en ese momento se me pareció a un lobo. Mi esposa dijo que era un zorro cuando se lo mostré. Todavía estaba a tiempo de contarle la verdad sobre el tatuaje.  
Duré casi una hora en pasar por inmigración a causa de mi pasaporte. Los agentes aduaneros estaban convencidos de que venía cargado de droga. Revisaron mi maleta varias veces. Sacaron mi champú y lo pusieron en una máquina de rayos X. Me mostraron algo parecido a un catálogo de compras pero en lugar de zapatos, joyas y perfumes había fotos de armas automáticas, bolsas con pastillas, un grueso fajó de dinero y una montañita de polvo blanco. Me preguntaron si llevaba conmigo alguna de esas cosas. Después me hicieron desvestirse en un cuarto. Al final se disculparon. A la salida del terminal no había nadie. En un cenicero vi tres colillas de cigarrillos. Tomé una para ver la marca. Era la misma que fumaba aquel Park Bong, la misma que fuma el protagonista de *Manos de diamante*.  
\*\*\*

A veces pienso que no era un detective ni nada por el estilo. Quizás no tenía ni idea de dónde quedaba Colombia y tampoco quién carajos era Oda. Había leído mi vida en dos segundos, incluso antes de haberse quitado la toalla húmeda sabía quién era yo y qué necesitaba. A lo largo de esas horas a bordo del Panstar Honey puso migas de pan en su mano para que yo estuviera picoteando como un pajarito y no me fuera de su lado. Quizás me había contado todas esas historias para no aburrirse. Existía la posibilidad de que tomara el ferri una vez a la semana por negocios y que simplemente el hombre de la flor fuera su socio. Nunca los vi juntos. Otras veces pienso en lo que tuvo que hacer Park Bong por mi culpa. Había tenido que arrojarse ante Yuri para que tuvieran sexo una vez más y así resolver el caso con el que se retiraría.  
Mencioné que ayer me acordé de nuevo de Park Bong después de terminar de leer un cuento tirado sobre mi sofá de cuero, frente a un gran ventanal desde donde puedo ver el mar que separa a Corea de Japón. Al cerrar el libro sus rasgos volvieron a mi otra vez bajo la cara perfecta de un actor veterano o un santo, en todo caso alguien más allá del tiempo. Pero casi siempre su cara es una pizarra en blanco, un planeta vacío.  
Mi esposa y yo no tenemos que preocuparnos tanto por el dinero. Las regalías de la novela siguen llegando a mi cuenta y un productor me contactó para una adaptación cinematográfica, pero de alguna manera estoy igual que al principio. Después de *Manos de diamante* no he podido escribir nada. Desesperado he intentado, con poca suerte, llevar a mi esposa al éxtasis sexual supremo para que me revele el argumento de un nuevo libro en medio de su orgasmo. También he tomado el ferri de Busan a Osaka cuatro veces con la esperanza de encontrar a Park Bong.  
La última línea del cuento que leí ayer dice: “El zorro es el dios de la astucia y la traición. Si el espíritu del zorro penetra en un hombre, la raza de ese hombre está maldita. El zorro es el dios de los escritores”.  
A lo mejor Park Bong es un escritor, un verdadero escritor, el último de los buraiha, y yo estoy en una de sus historias. A lo mejor él también intenta recordar mi cara en vano. ©

## Simplemente Natural

**Centro - El Palo**  
Carrera 45 - 52 - 75  
Cel: 3003125291  
(Diagonal al Colomboaamericano)

**Laureles**  
Circular 74B # 39B-122  
AVENIDA JARDÍN - Tel: 5825544

**Poblado**  
Carrera 35 # 8A- 76  
PROVENZA - Tel: 5802228

**Bogotá**  
Carrera 7 # 66 - 21 - Local 4  
CHAPINERO - Pbx: 7044883

@lentejaexpress  
www.lentejaexpress.com.co

# El Zepelín

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



En un balón de gas por el mundo, surcando el cielo. Entre tú y el rayo tan solo la delgadez del cuero. Harriet Monroe

de 1936. También batió un récord al cruzar en dos ocasiones el Atlántico, hasta Brasil, en cinco días, veinte horas y 51 minutos. Sin embargo, en 1937, cuando se dirigía a New Jersey, Estados Unidos, una falla producida por una tormenta eléctrica, provocó que se incendiara y cayera. Murieron 35 personas en el desastre que, gracias a la fabulosa banda de rock británica Led Zeppelin, pasaría a la historia al ser la imagen principal de uno de sus primeros álbumes.

Entre los sobrevivientes del accidente del Hindenburg se encontraba el excéntrico millonario antioqueño José Domingo Garcés Naranjo, químico e inventor del mítico medicamento Urol,

famoso durante la primera mitad del siglo XX porque, según decían, curaba cualquier problema en los riñones.

Garcés Naranjo comerciaba con el gobierno alemán, al que proveía de abundante cantidad de coca boliviana. Tan exitosa era su relación con el régimen nazi, que el mismísimo Hitler lo condecoró y lo invitó a que presenciara los Juegos Olímpicos del 36, justas en las que participaron cinco atletas colombianos sin ningún tipo de resultado para resaltar.

La noticia del accidente del Hindenburg no estuvo exenta de teorías conspiratorias. En los cafés, bares y cantinas de Medellín no se hablaba de otra cosa, sobre todo porque todavía estaba

fresca en la memoria la muerte del Zorzal Criollo, Carlos Gardel, quien había muerto dos años antes en el aeropuerto Olaya Herrera, que acababa de perder el nombre corriente de Aeródromo Las Playas.

La familia de Garcés Naranjo tenía la mayor parte de sus tierras en Otrabanda, más que todo en el corregimiento de La América. El patriarca de la familia se llamaba Domingo y era conocido como Dominguito, y fue uno de los muchos rinchones que envió a sus hijos a estudiar a Europa en los albores del siglo XX.

Cuentan las malas lenguas que parte de la fortuna de José Domingo Garcés Naranjo se debió, más que todo, al robo de unas fórmulas químicas que un científico alemán trajo a Colombia después de huir de la Primera Guerra Mundial. Y que gracias a esas alquimias se fundó el laboratorio Garcol, en la quinta de la familia, subiendo por la calle San Juan, arribita del barrio Los Chalets, hoy conocido como barrio Lorena en la Comuna 11, Laureles.

Después del fatídico accidente del zepelín, José Domingo mandó a construir un barrio de varias manzanas alrededor de su quinta, y lo bautizó coloquialmente El Zepelín. El centro de la cotidianidad del pequeño barrio fue la esquina entre San Juan y la carrera que hoy se conoce como la 75. Bajo el arpo del tranvía y los pequeños camiones de servicio público que transitaban por San Juan, en ese lugar confluyeron, hasta muy avanzado el siglo XX, cinco grandes tiendas, un bar futbolero, una carnicería y los laboratorios Garcol.

La carnicería le pertenecía a Mariano Restrepo; el bar, llamado Boca Junior en honor al equipo más emblemático de La América en los años treinta y cuarenta, era de los hermanos Emilio y Alberto Acosta; y las cinco tiendas eran propiedad de los hermanos Jesús, David y Alfredo Cárdenas, de Juancho Velásquez y de Horacio Sierra, a quien apodaban Cacholo.

Las tiendas de ese entonces eran bastante peculiares. Eran a la vez graneros, cacharrerías y cantinas. Tenían en común grandes mostradores o mezanines de madera forrados con láminas metálicas, sobre los cuales se ofrecían los casados de bocadillo de guayaba con queso; las marialuisas, los pasteles Gloria, los pandequesos Pizarro, la gaseosa Carta Roja y las galletas Cacorras, nombradas así porque al ser de trigo, panela y cubiertas de azúcar terminaban pegándose unas con otras.

En otras vitrinas se vendían cosméticos y, en otras, cigarrillos de todas las marcas, incluyendo las colombianas Piel Roja, Pico de Oro y Extra. Y claro, cómo no, se vendía el medicamento Urol, muy apreciado por los borrachitos.

La parte de la cantina se mantenía aislada por medio de cortinas, y se le conocía como "reservados". Allí, los amantes del licor y el juego se quedaban tardes y noches enteras tertuliano y

apostando, sin cruzarse con las mujeres y los niños que iban a la zona de viveres.

La esquina de El Zepelín gozaba de mucha agitación. Allí llegaban los arrieros con sus mulas a descansar, antes de continuar el camino hacia la Plaza Cisneros. También pasaban comerciantes provenientes de todo el país, e incluso de diferentes partes del mundo. Por ejemplo, con frecuencia se veía a un judío de nombre Abraham, que solía vender perfumes traídos de París. Abraham fue uno de los primeros miembros de la familia Rabinovich, fundadora de Tejidos Leticia.

Otro judío, a quien llamaban el Mister, vendía caramelos. Primero les pagaba a niños para que fueran a las tiendas a pedir los dulces de su marca, y luego, aprovechando la demanda, iba donde los dueños para ofrecerles sus apetecidos confites.

Sin embargo, en esa esquina, no había lugar más popular que el bar Boca Junior. Allí se reunían cada fin de semana los integrantes del equipo del que hacían parte muchos de los jóvenes del barrio como los hermanos Vásquez: Horacio, Julio, Abelardo, Gustavo, Guillermo y sus primos Darío y Sigifredo; los hermanos Libardo y Mariano Rico; Ignacio Cano, Canito; Carlos Pulgarín; Guillermo Maya; Hernando Restrepo, Placeres; Jairo Orrego; Manuel Londoño; Toto González; Guillermo Vélez; Gustavo Mesa; Jesús Ortiz, Juanchunao; Benjamín Pérez y Alfonso 'el Ché' Piedrahita.

Sigifredo Vásquez y Mariano Rico también fungían como entrenadores. Muchos de los integrantes de Boca Junior lograron llegar al profesionalismo en la época del Dorado. En el DIM jugaron Ignacio Cano, Guillermo Maya, Libardo Rico, Horacio Vásquez y Hernando Restrepo. Carlos Pulgarín, el arquero, jugó con Deportes Caldas y Atlético Bucaramanga. Y el Ché Piedrahita hizo parte del Ballet Azul de Millonarios con Pedernera, Rossi y Di Stéfano.

En el bar, que tenía mesas de base redonda de losa o de peltre, y se sostenían en patas angulares de metal que formaban un hermoso trípode que evocaba la cintura de una bella bailarina, se escuchaba más que todo tango. Abría desde las nueve de la mañana y se cerraba después de la medianoche.

Grandes cracks de la primera época del fútbol profesional colombiano se emborracharon en sus mesas. Son incontables, por ejemplo, las leyendas alrededor del Charro Moreno, Omar Orestes Corbatta y Felipe Marino, todos ídolos del DIM. También se cuenta que, de vez en cuando, iban a alivianarse poderosos empresarios de la ciudad, quienes para pasar desapercibidos se vestían con ropas menos lujosas que las habituales e incluso se ponían peluquines, bigotes falsos y sombreros.

Luego del ensanche de la calle San Juan el Boca Junior murió y frente a él se erigió un nuevo sitio para alegrar la vida del barrio. David Cárdenas, viendo cómo su antigua tienda se redujo a una cuarta parte de su tamaño original, decidió abandonar la parte de cacharrería y solo dejó el granero y la cantina. Y como ya el barrio El Zepelín había pasado a formar parte de Florida Nueva,

entonces bautizó el lugar como El Viejo Zepelín, para mantener intacto el cordón umbilical con el pasado.

En los ochenta el bar fue conocido como la Esquina del DIM, pues allí se reunían jugadores, directivos e hinchas, y además se vendían las boletas para ir a ver el Rojo al Atanasio Girardot. Tanta era la fiebre por el Rojo que incluso se mandó a hacer un relieve del escudo en uno de sus muros exteriores.

Sin embargo, desde hace quince años el bar le pertenece a Omaira Casañón, hincha de Atlético Nacional que lo primero que hizo al comprar la propiedad fue pintar los muros para disipar la imagen del Poderoso. Hasta ahora nadie le ha hecho reclamos por semejante atrevimiento.

El Viejo Zepelín es quizás la última evidencia de lo que fue el viejo barrio de José Domingo Garcés Naranjo. Todavía quedan en pie algunas de las casas grandes con solares y patios de aquella época, pero han sido heredadas por nietos y sobrinos que poco saben de la historia. Nadie se acuerda, por ejemplo, de la finca de Miguel Gaviria, donde hoy se eleva la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes. Nadie se acuerda tampoco de Rosa Sepúlveda, una trigueña hermosa oriunda de Dabeiba, quien llegó al barrio para prestar servicios domésticos y terminó ocasionando varios duelos entre hombres que se enamoraron perdidamente de sus labios y sus caderas.

Nadie recuerda a Elvira Acosta, la Bizca, quien solía salir por las noches con un muñeco de trapo al hombro, y luego lo tiraba sobre los rieles

del tranvía con ropa vieja de su marido, y entonces obligaba a frenar a los conductores del medio de transporte, temerosos de atropellar al "borrachito desmayado en las vías".

El Zepelín sigue poniendo tangos, boleros, música colombiana. Muchos de los antiguos habitantes del barrio se acercan a sus mesas para evocar el pasado. Omaira se ha empeñado en mantener la tradición del lugar y por eso no piensa ni en cerrar ni en cambiarle el nombre. Por la sangre de la vallecaucana, que ya tiene 65 años, también corre el gusto futbolístico, pues estuvo casada con Nelson Álvaro Restrepo, uno de los fundadores del clásico Fátima-Nutibara.

"Este lugar tiene mucha historia y, aunque yo no me la sé completa, les cuento lo que puedo a los visitantes. Ojalá que este bar perdure mucho tiempo, para que nadie se olvide del viejo barrio ni de sus viejos personajes", dice la señora, quien aún mantiene el letreiro que mandó a hacer David Cárdenas, así como una porcelana de dos payasos conversando y la escultura de unas manos entrelazadas que simbolizan el valor de la amistad y la hermandad.

El barrio El Zepelín estaría cumpliendo ochenta años este mes, mientras el café que lleva su nombre, al parecer, está por cumplir la centuria, pues la tienda que le dio origen fue fundada en la década del veinte del siglo pasado, como posada para arrieros y buscafortunas. Las tragedias de otros siglos se conservan sobre un mostrador de lata. Hoy los vuelos son otros, y no sin riesgos. ☺



Con el **programa unidos por el agua, La Alcaldía de Medellín, La EDU y EPM**, se unen para llevar de forma legal los servicios de acueducto y alcantarillado a 40.200 familias, en su mayoría ubicadas en los sectores más vulnerables de la ciudad, transformando su vida y haciendo realidad sus sueños.

**Así vamos en el programa:**

En los años 2016 y 2017 se beneficiaron 11.326 hogares con los servicios de acueducto y alcantarillado.

Para el 2018 conectaremos 11.650 hogares más.

El resto de las 40.200 familias disfrutarán de los servicios a finales del año 2019.

Durante el 2016 y 2017 se intervinieron los sectores de Altos de la Virgen, Olaya Herrera, Álamos, Carpinelo, Versalles, Villatina y Carambolas.

Actualmente se trabaja en la construcción de las redes de acueducto en los sectores de La Honda, La Cruz, Versalles 2ª etapa, Bello Oriente, Las Esmeraldas y Nueva Villa de Iguaná.

A través de la EDU, se interviene el circuito Santo Domingo en la comuna 1, circuito Los Mangos en la comuna 8 y circuito Corazón en la comuna 13, en donde actualmente existe un alto número de hogares sin conexión regularizada a los servicios de acueducto y alcantarillado.

El programa incluye también la **conexión de edificaciones** que actualmente no cumplen con la documentación requerida para acceder a la conexión de los servicios de acueducto y alcantarillado, tales como licencia de construcción o cédula catastral. A través del programa se trabaja en la legalización de las edificaciones ante las Curadurías sin costo para el propietario y tiene como resultado final la entrega de la licencia de reconocimiento y la vinculación de estos hogares a los servicios de acueducto y alcantarillado de EPM.



# San Judas

por SILVIA CÓRDOBA

Fotografías por la autora

**S**an Judas Tadeo es el patrón de las causas perdidas, de los casos imposibles y las situaciones desesperadas. Es a él a quien se le debe rezar para salir de la cárcel, arreglar un matrimonio o dejar el vicio. Es un santo fácil de identificar porque le sale de la cabeza una llama de fuego y tiene en el pecho un medallón con la imagen de Jesús, su primo, a quien dicen que se parecía mucho; además tiene en sus manos un hacha, que es el arma con la que lo decapitaron, y un bastón para poder andar muchos kilómetros.

Cada 28 de octubre miles de personas se encuentran en el templo de San Hipólito, construido en 1521 en el centro de la Ciudad de México, para honrar a San Juditas. En esta peregrinación que involucra gente de toda la ciudad, las personas cargan sus estatuas, no importa el tamaño, y las llevan a la iglesia donde le cantan *Las mañanitas* a su santo patrón.

El recorrido desde la estación del metro de Palos Verdes hasta el templo es un viaje de un par de cuadras donde San Judas se aparece en forma de gorra, *sticker*, llavero, vela, mochila, camiseta o tatuaje, entre una muchedumbre de santos que han cruzado en hombros una de las ciudades más grandes del mundo para ayudar a resolver alguna tarea imposible, y darle paz al alma de algún desesperado. ©

Ver la galería completa en [universocentro.com](http://universocentro.com)



   
Carrera 42 No 54-01  
Contacto: 3054382744  
Restaurante.millon

Tienda & Cocina  
**Vegetariana**

Cra 45 (El Palo) #52 63  
Edificio El Palomar  
Lunes a viernes 8:30 a.m a 7:00 p.m  
Sábados 8:30 a.m a 4:00 p.m  
**Tel. 251 66 85**

al pie de **LA LETRA** librería

**25**  
años

En noviembre celebramos nuestro aniversario con programación cultural y 20% de descuento en los libros de los fondos:

- ARTEMIS LIBROS

- EDICIONES URANO

- EDITORIAL OCÉANO

- GRUPO PLANETA EDITORIAL

- PENGUIN RANDOM HOUSE

- PROMOLIBRO

- SIGLO DEL HOMBRE EDITORES.

Aplica para compras en las librerías,  
no para compras a domicilio, crédito y ventas online.

Ve detalles en [www.alpiedelaletralibreria.com](http://www.alpiedelaletralibreria.com)

Al pie de la letra / Brasilia  
Calle 49ª 64C-42  
Tel. 2305428-2607352

Al pie de la letra / Museo de Arte Moderno  
Ciudad del Río. Carrera 44 19A-100  
Tel. 4199397

## Los gitanos de Itagüí

**En** la memoria de muchos aún estarán los gitanos de Itagüí. Habitaban un descampado amplísimo, no lejos de lo que hoy es la Central Mayorista, colmado de tiendas como si estuvieran de paso, aunque vivían allí de manera permanente. Habían aparecido hacia el final de la década del cuarenta, tal vez como resultado de los grandes éxodos europeos hacia Suramérica durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Se instalaron y siempre vivieron en calma, aunque los acompañó la sospecha heredada que todos los pueblos del mundo suelen tener de los gitanos: tramposos y raperos. Y en efecto las lenguas flojas de acá les endilgaron lo de siempre, y, como si fuera poco, le sumaron el robo de niños. Pero no era verdad; solo eran distintos. Hacían la vida trabajando metales, en especial calderos y pailas de cobre, y más tarde se convirtieron en negociantes de mulas y ganado.

Desde luego —qué tal que no— también leían la mano. A las mujeres, que eran fáciles de reconocer por las faldas y los pañuelos —los hombres iban más en ropa de paisano—, se les veía a menudo en el Centro de Medellín, sobre todo andando por Junín. Con mucho poder de persuasión conseguían que los peatones les dieran pesos a cambio de contarles el futuro que tenían labrado en los surcos y las líneas de la palma de la mano. El asentamiento gitano de Itagüí se volvió tan permanente que las toldas se tornaron en casas y el descampado en un barrio, que se llamó Santa María y fue famoso. Las cifras hablan de hasta tres mil personas. Pero con el tiempo las familias originales se mezclaron en matrimonios y uniones con locales, y durante la década del noventa los gitanos empezaron a abandonar Santa María en un proceso natural de dispersión que se extendió hasta principios de este siglo. Se trasladaron a otros sectores del valle de Aburrá, especialmente a Envigado, donde aún vive un pequeño enclave gitano amparado y reconocido como minoría étnica.



Gabriel Carvajal. Sin fecha. Archivo fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto.

preuniversitario  
estudiantes 

¡Si tu meta es pasar a la UdeA,  
nosotros te preparamos!

Centro de Estudios y  
Servicios Educativos



Medellín - Antioquia  
Tel. 254 24 24  
Dirección. Cra 52N # 6 SUR 5 (Int.301)  
centrodeestudios@region.org.co



© CentroDeEstudiosRegion

MUSEO D ANTIOQUIA



Horacio Marino  
Rodríguez

Intelectual, ilustrador y artista plástico

Hasta el 10 de febrero

Esta exposición hace parte de la muestra de ciudad Piedra, papel y tijera, liderada por la Universidad EAFIT. Se pueden apreciar otras salas en la Biblioteca Pública Piloto, Fundación Ferrocarril de Antioquia, Paraninfo de la Universidad de Antioquia, Cementerio San Pedro, Claustro Comfama y en la Universidad EAFIT.

Curadores: Nydia Gutiérrez, Juan Camilo Escobar, Efrén Giraldo, Juan Camilo Castaño  
Artistas: Horacio Marino Rodríguez, Melitón Rodríguez Márquez, Francisco Antonio Cano, Cipriano Rodríguez Lalinde, Nel Rodríguez.



ÁGUILA  DESCALZA

# BANDEJA paisa



TEATRO PRADO  
Noviembre 15 al 1 de diciembre  
TEATRO UDEM  
7 al 16 de diciembre

— PULEP ANW798 - CBD660 —

**Lo que no mata,  
engorda.**

 **BOLETA EN MANO.COM** Más información  
284 42 11



**El Túnel**  
BISTRÓ

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

Carrera 42 # 54-62  
Medellín, Colombia  
**Tel: (+574) 479 87 45**

f @ElTunelCyC  
eltunelcyc@gmail.com  
www.eltunelbistro.com.co

**PIZZERIA**  
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.  
Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Reservas: 254 45 10

**EXLIBRIS**  café  
libros  
repostería

**SOLO LO MEJOR**  
Libros  
Postres  
Almuerzos  
Café  
Compañía

Clle 53 # 64A-27 Barrio Carlos E Restrepo  
Tel. 2301836 • Lunes a sábado de 9 a 9

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.  
Es un momento de conexión con el otro,  
por medio del cual tenemos la posibilidad  
de recordar que la vida, con toda  
su magia y creatividad  
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188  
Suramericana 5 local 101

Restaurante  
**El ÁRBOL DE LA VIDA**  
Comida Natural

**Teléfono: 2302522**

**Karoty**  
PARAFERNALIA  
PARA FUMADORES

Al lado del Centro comercial  
Medellín, contiguo a la  
Plaza Minorista  
Calle 54 N°57 60 Local 197  
Celular: 311 634 21 85

**Prana Bar**

**MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO**

Cll 47 #42-48 Local 104  
Torres de Bomboná  
**Tel. 2170489**

**La Manuela**  
CAFÉ / RESTAURANTE

Lunes y martes: 10am a 5pm / Miércoles a viernes: 10am a 9pm  
Manejamos menú del día y comida a la carta

580 4044  
310 428 6615

Calle 49#64A-11  
@lamanuelarestaurante

**Frutti jhon**

En el parque principal de Carlos E. Restrepo  
encuentras lo mejor en comidas rápidas,  
jugos, malteadas, helados, ensaladas de  
frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio  
únicamente en Carlos E.  
**230 40 56**

**PARRILLA Otrabanda**  
al Carbón  
DESDE 2012

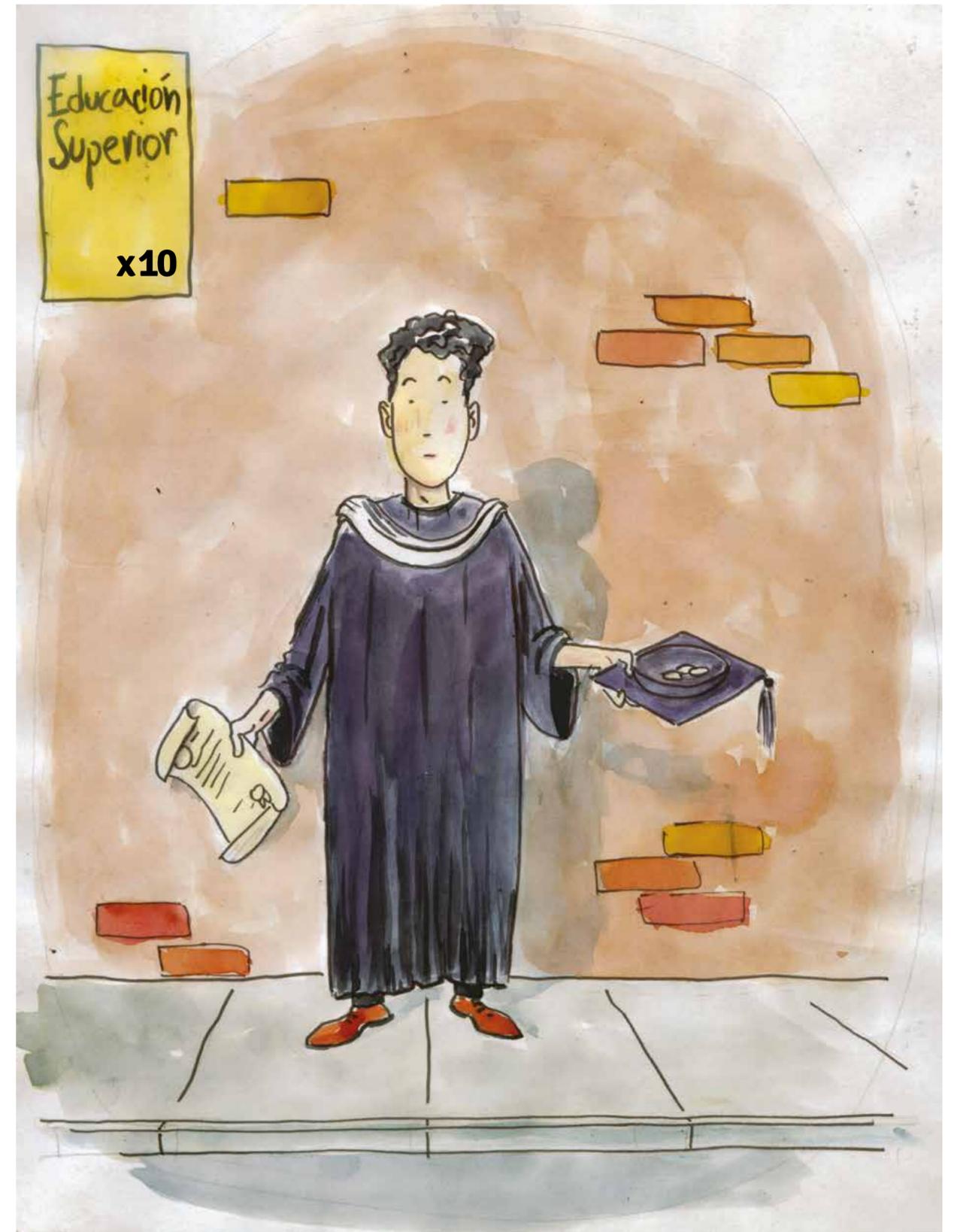
Deliciosa parrilla al Carbón

Cortes Finos y Gruesos, Choripanes,  
Hamburguesas, Parrillada,  
Cervezas Artesanales y... ¡MUCHO MAS!

Servicio de Parrilla  
Lunes a Jueves hasta las 9pm,  
Viernes y Sábados hasta las 10pm  
los Domingos cerramos a las 5pm

el último sábado del mes no te pierdas  
**EL ESPECIAL DEL CHEF**

Cra 64A # 52A-31 / Urb. Carlos E. Restrepo / Tel.: 230 50 55  
@otrabandaparrilla



**cinéfagos.net**

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,  
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

f /cinefagos.net  @cinefagosnet

Filarmed  
Orquesta  
Filarmónica  
de Medellín

PLANETARIO  
DE MEDELLÍN

# VIAJE A MARTE

Navegación al aire libre por el universo.  
Un espectáculo emocionante del Planetario con  
la Orquesta Filarmónica de Medellín

Directores:

**Julio Reyes Copello**  
Ganador de seis premios  
Grammy y compositor para  
Nasa de: Marte 2030

**Gonzalo Ospina**  
Director Orquesta  
Filarmónica de Medellín

Miércoles  
**28**

noviembre 6:30 p.m.  
Parque de los deseos  
Entrada libre



Con el apoyo de

parque  
**explora**

Grupo  
Bancolombia

sura

MÚSICA

Patrocinada por

tigô



Alcaldía de Medellín  
**Cuenta con vos**